

La Monseñor Feja - 1970

REVISTA *ARIEL*

contenido

EDITORIALES: La Declaración de Independencia de los EE. UU. de Norteamérica. — Acta de Independencia de Estados Unidos y nuestro colonialismo

Bolívar

German Arciniegas

Una Nueva Estructura Internacional en Formación

Henry A. Kissinger

En el Aniversario de la Tentativa Fascista del Gobierno Militar en Juticalpa y en Lepaguare, Departamento de Olancho.

José Santos Chocano: El Cantor de América **Braulio Cruz**

cole 50 cts.

julio

1976

RIVERA Y COMPAÑÍA

**Distribuidores para Honduras de las marcas de
mayor prestigio mundial.**

EQUIPOS DE OFICINA:

Sumadoras y Calculadoras

"BURROUGHS"

Utiles de Oficina

Mimeógrafos GESTETNER

Máquinas de escribir

Muebles ROSAGO

ARTICULOS DE REGALO:

Cámaras y Películas KODAK

Plumas y Bolígrafos PARKER

Ropa interior femenina

Perfumes finos franceses

Artefactos eléctricos y
electrónicos para el hogar

SERVICIOS VARIOS:

Laboratorio MAYA-COLOR

IMPRESOS URGENTES

TELEFONOS:

En Tegucigalpa:

Nº 22-8754

„ 22-8755

„ 22-6184

En Choluteca:

Nº 61

En La Ceiba:

Nº 42-2229

En San Pedro Sula:

Nº 52-0685

„ 52-1183

„ 52-3877

REVISTA ARIEL

Director: MEDARDO MEJIA — 3ra. Calle. Nº 1024 — Apartado 61, Tel. 22-0271 — Imprenta "La Democracia"

TERCERA ETAPA — AÑO XVIII

TEGUCIGALPA, D. C., JULIO DE 1976.

Nº 290.

Editoriales

LA DECLARACION DE INDEPENDENCIA DE LOS EE. UU. DE NORTEAMERICA

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación.

Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en forma que a su juicio

ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad. La prudencia, claro está, aconsejará que no cambie por motivos leves y transitorios gobiernos de antiguo establecidos; y en efecto, toda la experiencia ha demostrado que la humanidad está más dispuesta a padecer, mientras los males sean tolerables, que a hacerse justicia aboliendo las formas a que está acostumbrada. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, dirigida invariablemente al mismo objetivo, demuestra el designio de someter al pueblo a un despotismo absoluto, es su derecho, es su deber, derrocar ese gobierno y establecer nuevos resguardos para su futura seguridad. Tal ha sido el paciente sufrimiento de estas colonias; tal es ahora la necesidad que las obliga a reformar su anterior sistema de gobierno. La historia del actual Rey de la Gran Bretaña es una historia de repetidos agravios y usurpaciones, encaminados todos directamente hacia el establecimiento de una tiranía absoluta sobre estos estados. Para probar esto, sometemos los hechos al juicio de un mundo imparcial.

Ha negado su aprobación a leyes de las más saludables y necesarias para el bien de todos.

Ha prohibido a sus gobernadores aprobar leyes de importancia inmediata y urgente, a menos que se suspenda su puesta en vigor hasta no haber obtenido su aprobación; y, una vez hecho así, ha desdeñado totalmente ocuparse de ellas.

Se ha negado a aprobar otras leyes para la colocación de grupos numerosos de personas, a menos que esas personas renuncien al derecho de representación en la legislatura, derecho inestimable para ellas y temible sólo para los tiranos.

Ha convocado a los cuerpos legislativos en lugares inhabituales, incómodos y distantes del depósito de sus archivos públicos, con el solo propósito de cansarlos en el cumplimiento de sus disposiciones.

Ha disuelto repetidamente las cámaras de representantes, por oponerse con firmeza viril a su violación de los derechos del pueblo.

Después de disolverlas, durante mucho tiempo se ha negado a hacer que se elijan otras por lo que los poderes legislativos, no sujetos a la aniquilación, sin limitaciones han vuelto al pueblo para su ejercicio, mientras que el estado permanece expuesto a todos los peligros de invasión externa y a las convulsiones internas.

Se ha propuesto evitar la colonización de estos estados, obstaculizando con ese propósito las leyes de naturalización de extranjeros, negándose a aprobar otras que alienten las migraciones en el futuro y aumentando las condiciones para las nuevas aprobaciones de tierras.

Ha entorpecido la administración de justicia, negando su aprobación a leyes, para el establecimiento de los poderes judiciales.

Ha hecho que los jueces dependan de su sola voluntad, por la tenencia de sus cargos y por el monto y pago de sus salarios.

Ha creado una multitud de nuevos cargos y enviado aquí enjambres de funcionarios a hostigar a nuestro pueblo y a comerse su hacienda.

Ha mantenido entre nosotros en tiempos de paz, ejércitos permanentes sin el consentimiento de nuestra legislatura.

Ha influido para hacer al ejército independiente del poder civil y superior a él.

Se ha aliado con otros para someternos a una jurisdicción extraña a nuestra constitución y desconocida por nuestras leyes, dándoles su aprobación para sus actos de pretendida legislación: para acantonar nutridos cuerpos de tropas armadas entre nosotros;

para protegerlas, mediante remedos de juicio, del castigo por los asesinatos de que hayan hecho víctima a los habitantes de estos estados; para impedir nuestro comercio con todas las partes del mundo; para imponernos impuestos sin nuestro consentimiento; para privarnos, en muchos casos, de los beneficios del juicio conjurado; para llevarnos a ultramar con objeto de ser juzgados por supuestas ofensas; para abolir el libre sistema de Leyes Inglesas en una provincia vecina, estableciendo allí un gobierno arbitrario y extendiendo sus fronteras a manera de hacer de ella un ejemplo y un instrumento adecuado para introducir el mismo gobierno absoluto en estas colonias; para quitarnos nuestras cartas, aboliendo nuestras leyes más estimables y alterando fundamentalmente las formas de nuestros gobiernos; para suspender a nuestra legislatura y de hacerse a sí mismos investidos de poder para legislar por nosotros en cualquier caso que sea.

Ha abdicado al gobierno de aquí, declarándonos fuera de su protección y costeadando la guerra en contra nuestra.

Ha saqueado nuestros mares, devastado nuestras costas, incendiado nuestras ciudades y destruido las vidas de nuestra gente.

En este momento transporta grandes ejércitos de mercenarios extranjeros para concluir su obra de muerte, desolación y tiranía, iniciada ya en condiciones de crueldad y perfidia apenas igualadas en las más bárbaras épocas y totalmente indignas del jefe de una nación civilizada.

Ha obligado a nuestros conciudadanos capturados en altamar a empuñar las armas contra su propio país, a convertirse en verdugos de sus amigos y hermanos o a caer ellos mismos por mano propia. Ha alentado las insurrecciones domésticas entre nosotros y ha tratado de inducir a los habitantes de nuestras fronteras, los despiadados indios salvajes, cuya norma de lucha es la destrucción indiscriminada de todas las edades, sexos y condiciones.

En cada etapa de estas opresiones, hemos pedido justicia en los términos más humildes: a nuestras repetidas peticiones se ha contestado solamente con repetidos agravios. Un Príncipe, cuyo carácter está así señalado con cada uno de los actos que pueden definir a un tirano, no es digno de ser el gobernante de un pueblo libre.

Tampoco hemos dejado de dirigirnos a nuestros hermanos británicos. Los hemos prevenido de tiempo en tiempo de las tentativas de su poder legislativo para englobarnos en una jurisdicción injustificable. Les hemos recordado las circunstancias de nuestra

emigración y radicación aquí. Hemos apelado a su innato sentido de justicia y magnanimidad, y los hemos conjurado, por los vínculos de nuestro parentesco, a repudiar esas usurpaciones, las cuales interrumpirían inevitablemente nuestras relaciones y correspondencia. También ellos han sido sordos a la voz de la justicia y de la consaguinidad. Debemos, pues, convenir en la necesidad, que establece nuestra separación y considerarlos, como consideramos a las demás colectividades humanas: enemigos en la guerra, en la paz, amigos.

Por lo tanto, los Representantes de los Estados Unidos de América, convocados en Congreso General, apelando al Juez Supremo del mundo por la rectitud de nuestras intenciones en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas Colonias, solemnemente hacemos público y declaramos: Que estas colonias Unidas son y deben serlo por derecho Estados Libres e Independientes; que quedan libres de toda lealtad a la Corona Británica, y que toda vinculación política entre ellas y el Estado de la Gran Bretaña queda y debe quedar totalmente disuelta y que como Estados Libres o Independientes, tienen pleno poder para hacer la guerra, concertar la paz, concertar alianzas, establecer

el comercio y efectuar los actos y providencias a que tienen derecho los Estados Independientes.

Y en apoyo de esta Declaración, con absoluta confianza en la protección de la Divina Providencia, empeñamos nuestra vida, nuestra hacienda y nuestro sagrado honor.

— John Hancock, John Adams, Samuel Adams, Josiab Bartiett, Carter Braxton, Thomas Lynch, Jr., Arthur Middieton, Thomas M'Kean, Lewis Morris, Charles Carroll of Carrollton, Samuel Chase, Abraham Clark, George Clymer, William Ellery, William Floyd, Benjamín Franklin, Elbridge Gerry, Button Gwinnett, Lyman Hall, Benjamín Harrison, John Hart, Joseph Rewes, Thomas Hyward Jr., William Hooper, Stephen Hopkins, Francis Hopkinson, Samuel Huntington, Thomas Jefferson, Francis Lightfoot Lee, Richard Henry Lee, Francis Lewis, Philip Livingston, Robert Morris, John Morton, Thomas Nelson, Jr., William Paca, Robert Treat Paine, John Penn, George Read, Caesar Rodney, George Ross, Benjamín Rush, Edward Rutledge, Roger Sherman, James Smith, Richard Stockton, Thomas Stone, George Haylor, Matthew Thornton, George Walton, William Whipple, William Williams, James Wilson, John Witherspoon, Oliver Wolcott, George Wythe.

BREVE COMENTARIO

ACTA DE INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS Y NUESTRO COLONIALISMO

El Acta de Independencia de los Estados Unidos de Norte América es un documento hermoso. Fue redactado por Thomas Jefferson, el más ilustrado de los representantes del pueblo en aquella reunión del 4 de julio de 1776. Todo Juan Jacobo Rousseau, el máximo ideólogo de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII, está allí. La nueva clase de aquel tiempo que emergía con conciencia de sí misma y en uso de su soberanía popular, se declaró libre e independiente y tomó el poder político. Como decimos hoy, los Estados Unidos en virtud del derecho de autodeterminación

de los pueblos, dejó de ser colonia y en una lucha cruenta de liberación nacional, se incorporó a la sociedad mundial de naciones independientes y libres.

Pues bien: en América Latina, el Acta de independencia de los Estados Unidos puede servir, exactamente, con base en el derecho a la autodeterminación de las naciones, para emprender una lucha de liberación nacional y continental sin precedentes, porque allí, en ella, una a una, están contenidas todas las ofensas, daños y humillaciones que nos ha inferido el imperialismo yanqui.

B O L I V A R

Por GERMAN ARCINIEGAS

De la obra *Man of Glory: Simón Bolívar*,
original de Thomas Rourke.

A fines del siglo XVIII, rompiendo los lazos que la ataban a Inglaterra, surge una república en la América del Norte. Poco después, el pueblo de Francia toma la Bastilla y decapita a Luis XVI. Los enciclopedistas hacen circular por Europa y por el mundo la filosofía de la revolución. Los criollos que en América sólo habían conocido hasta ayer la Escolástica de Santo Tomás a través de monótonos manuales de filosofía, ahora leen a Voltaire, a Rousseau. Y así germinan en los Andes remotos, donde un pueblo sueña con ser el amo de su propio destino, las semillas de independencia y libertad que los alegres y bravos vientos de estos días llevan a todos los confines. España y sus colonias viven sobre un barril de pólvora. Y España misma, sin darse cuenta, ha prendido la mecha.

Dos años antes que Bolívar venga al mundo, José Antonio Galán enciende la rebeldía en la villa del Socorro, en el virreinato de la Nueva Granada. Este caudillo sigue el mismo trágico destino de Tupac Amaru, el descendiente de los reyes incas, que acabó de pagar con su vida la insurgencia. A Tupac Amaru, vencido y hecho prisionero en el Perú, se le arranca la lengua, se le ata a un poste y se le obliga a que presencie la muerte de su mujer, su hijo y seis de sus compañeros a quienes se descuartiza en la plaza pública atándolos a las colas de cuatro caballos. Tupac Amaru sufre luego idéntico suplicio.

Son cosas que ocurren en el año de gracia del Señor de 1781...

Dos años después nace en Caracas, en casa rica y noble de criollos, una criatura a quien el cura bautiza "Simón José Antonio de la Santísima Trinidad". Sus apellidos, Bolívar y Palacio. A los tres años muere su padre, y la madre, viuda a los 27, redobla sus afectos y mimos para con el chiquillo. Los mismos hacen sus

hermanos María Antonia, Juana María y Juan Vicente, que todos a una viven celebrando sus gracias.

Como es natural, el niño se torna caprichoso. Su madre, desesperando someterlo a ninguna disciplina, lo pone en manos de un tutor que contará más tarde cómo el niño era "insoportable, inquieto, imperioso, audaz, voluntarioso, desatento a todo consejo, e intratable". Dice un día el tutor:

—Este muchacho es un polvorín. Y le responde el niño:

—No se me acerque usted, porque estallo.

Otro día lo lleva el tutor, montado en un burro, por las calles de Caracas.

—Simoncito— le dice—, temo que nunca llegues a ser un caballero.

Y Bolívar replica:

—¿Cómo va a esperar usted de mí que llegue a caballero montándome en un burro?

El primer Bolívar que vino a América, Simón también, era de Vizcaya. Se estableció en Caracas en 1589, cuando la ciudad sólo tenía 39 años de fundada. Vino de Regidor Perpetuo, y con él empezó a crecer y prosperar en América esta familia, en la cual no faltaron títulos nobiliarios, pues hubo el marqués de Bolívar y el vizconde de Cocorote. Pasan así generaciones, y ahora, cuando mueren los padres de Simón, dejan a los cuatro niños rica herencia: tres casas y un solar en Caracas; el valle y las minas de Aroa; el cacaoal de Taguaga; el hato de los Llanos. Pero, mejor que todo, la hacienda de San Mateo, con sus sembrados de caña y el ingenio, la destilería de ron, las casas para los patrones y la peonada, los 200 esclavos, los caballos...

Bolívar crece. Tiene ahora por maestro a uno que luego será el más cabal humanista de América: don Andrés Bello. Y a don Andrés sucede un ser extravagante y estrambótico: don Simón Carreño, o Rodríguez o Samuel Robinson, nombres todos que usa el arbitrio de su fantasía. Cuando este maestro habla, cita a griegos, romanos y franceses. Lleva siempre en el bolsillo el Emilio de Rousseau, que para él vale más que una biblioteca.

Con éste (digamos Simón Rodríguez) va Bolívar a San Mateo. Maestro y muchacho deambulan por los montes, nadan cortando la fiera corriente de los ríos, escalan altos picachos, vuelan (con los llaneros), jinetes por la pista sin límites de los Llanos. Rodríguez, hablando siempre de Rousseau, de la Enciclopedia, de **Los derechos del hombre**. Simón Bolívar, empezando a ser lo que fue más tarde: el primer jinete de los Llanos, es decir: del mundo.

Los esclavos del valle de Curimagua se han levantado. La mano fuerte del gobierno colonial los vence. José Chirifios, el zambo, muere ejecutado en la plaza de Caracas. Bolívar y Rodríguez están entre la multitud que ve la ejecución. Bolívar tiene 12 años y el espectáculo poco le interesa. Sus ojos miran a otra parte: al balcón de sus lindas primas, las Aristigueta...

Pasan dos años. Unos intelectuales insurgentes de España han venido presos a la Guaira. En Caracas se conspira para libertarlos. Pero el gobierno madruga, caen los conspiradores, y poco falta para que Simón Rodríguez, a quien la familia de Bolívar logra sacar de la prisión, muera en el cadalso. Bolívar ve las jaulas siniestras que adornan las salidas de la ciudad, con las cabezas de los ajusticiados, entre bandadas de gallinazos. Parece que no le interesan. Regresa a San Mateo. Entra en la milicia de los blancos de Aragua, aprende el arte de la guerra que le enseñan sus maestros españoles (el porvenir dirá si lo ha aprendido bien) y cuando vuelve a Caracas, las lindas Aristigueta le miran amorosas. Simón Bolívar es más hombre, y luce el vistoso uniforme de alférez.

Pero la visión de estas primeras mujeres que se atraviesan en su vida no deja rastro. Ahora Bolívar cruzará el mar. Tiene 17 años de edad, y lo llama a Madrid su tío Esteban Palacio.

El lento buque de vela hace escala en Veracruz, y mientras lo cargan y descargan, Bolívar va a la capital: 400 kilómetros a caballo. En México ve de cerca una corte virreinal. Ha llevado carta para el virrey, para el arzobispo. También por estos lados hay inquietudes, y levantamientos, y cadalsos. Cuando habla con el virrey parece que le hace preguntas nada discretas. Pero todo se reduce a veloces anécdotas de viaje, cuyo eco apaga el galope del caballo que lo devuelve a Veracruz. Otra vez en el buque, el cual ahora toca en La Habana, que ya avanza hacia la Europa rutilante, que ancla, al fin, en un puerto de Vizcaya, la tierra donde nacieron sus abuelos.

Bolívar es un joven criollo rico, danzarín y galante. En Madrid se asoma a las intimidades de la corte por la ventana de los favoritos. Dícese que alguna noche debió acompañar a la Reina, de la casa de uno de ellos al Palacio Real. Son las noches y días de la liviana reina María Luisa, en que la corte es un tejido de chismes, aventuras románticas y lances de espadachines. Bolívar hace resonar los cascotes de su caballo por las calles de la capital de España, y aun llega a desenvainar su acero cuando alguna vez se le interponen los guardas.

En París, se mezcla entre la muchedumbre que aclama a Napoleón, salvador de la república. Entonces ve al héroe cuyo nombre empieza a ser la admiración del mundo, pero aún la política no le arrebató. Signo de la hora es el amor, y en Madrid ha dejado novia. En María Teresa Toro, nieta del marqués de Ustáriz, en cuya casa ha vivido Bolívar. Cuando el padre de María Teresa oye por primera vez a este caraqueño de 19 años que repentinamente se enamora de su hija y, sin más rodeos, le pide su mano, no ve en esto sino un arrebatado moceril. Pero Bolívar es Bolívar, vence las dudas del padre, y ahora que va a volver a su patria, se lleva consigo a María Teresa como su conquista de Europa.

Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas. Pobladas y bien formadas las cejas. Los ojos negros, vivos y penetrantes. La nariz larga y perfecta. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo. Su estatura era de cinco pies seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados. Su aspecto, si estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado.

Siempre tenía buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocedor de la buena cocina, comía con gusto los sencillos manjares del llanero o del indio. Hacía mucho ejercicio. No se ha conocido a nadie que soportara como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto trabajar cinco o seis horas enteras o bailar otras tantas. Dormía cinco o seis horas, en hamaca, en catre, sobre un cuero, o envuelto en su capa en el suelo y a campo raso. En el alcance de la vista y en lo fino del oído no le aventajaban ni los llaneros. Era hábil en el manejo de las armas y diestrísimo jinete, aunque no muy apuesto a caballo. Muy esmerado en su vestido y en extremo aseado, se bañaba diariamente y en las tierras calientes hasta tres veces al día.

Hablaba mucho y bien. Tenía el don de la persuasión y sabía inspirar confianza a los demás.

Genio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada. Grande siempre, éralo en mayor grado en la adversidad. "Bolívar derrotado era más temible que vencedor". decían sus enemigos. Los reveses le hacían superior a sí mismo.

—Memorias del general O'Leary.—

Y cuando Bolívar y su esposa llegan a Caracas, desde la casona solariega, en la Plaza de San Jacinto, hasta las chozas de los esclavos, en San Mateo, resueñan los vivos de alborozo con que se saluda a la juvenil pareja.

Ocho meses (¡tan sólo!) dura el idilio. Una noche, por el camino de la montaña bajan los negros esclavos, con antorchas, llevando a María Teresa en una hamaca. Bolívar va a su lado, cortando apenas con breves frases cariñosas un silencio del mal agüero en que oye demasiado las pisadas diligentes de los negros descalzos, las herraduras de su caballo que cantan sobre las piedras. A la noble española la consume en sus llamas la fiebre del trópico. Bolívar cierra con lágrimas el episodio fugaz de su matrimonio. El hogar que levantaron sus manos febriles de entusiasmo, se ha hundido. Está apagado el fuego acogedor que debió retenerle en Venezuela, y ahora su juventud lo empuja otra vez a Europa. Es un vuelco de la vida que le hará hundirse en el vértigo del mundo occidental, que le arrastra a la lucha y le moverá al juramento de consagrar su vida a la causa de la libertad.

Bolívar es el criollo a quien se admira en los salones. Hace correr el oro de la familia lo mismo en Londres que en París. En Viena, en Madrid, en Lisboa, vive como un príncipe. El pintor Gill hace su retrato. En la Opera de París hay un palco señalado con su nombre. Impone en la moda un sombrero que se llama *chapeau* Bolívar. En Londres gasta en tres meses 150,000 francos. En el fondo, la conquista ha sido demasiado fácil. Este triunfo social, que deslumbra en un principio, no tiene la resonancia de ciertas voces más hondas que llevan a mucha gente a vivir la vida de revolucionario o de conspirador, en trance de heroísmo.

Es un momento crítico de la historia. En la penumbra íntima de los salones se discute con vehemencia. Los americanos hablan en logias y tertulias secretas de su independencia. Empieza a incubarse una pasión. Se cuenta de quienes sufren prisiones en España por la libertad. De aquel don Antonio Nariño de Santa Fe de Bogotá a quien muerden los grillos de la cárcel por el crimen de haber traducido *Los derechos del hombre y del ciudadano*.

José Félix Ribas, venezolano amigo de Bolívar, asiste a las tenidas secretas con el gorro encarnado de la revolución. Bolívar presencia la ceremonia en que se corona emperador a Napoleón en la catedral de Notre-Dame, y dice: "Esa corona es una reliquia vergonzosa de tiempos tenebrosos...".

Ya no es Napoleón lo que seduce a Bolívar. Empieza a dibujarse en su ánimo la verdad de su destino. Esa libertad que intermitentemente ilumina a Europa, la siente él viva, como antorcha inextinguible, en el porvenir de América. Y cuando así piensa, se cruza otra vez en su camino aquel maestro extravagante de Caracas, que ha rodado por el mundo, desterrado, con el libro de Rousseau en el bolsillo y el alma tocada de Enciclopedia. A pie, peregrinando de norte a sur, con la cabeza al aire y el pelo revuelto, va don Simón Rodríguez. Bolívar le acompaña. Durante tres meses estos dos filósofos bohemios vagan por ciudades y campiñas de Italia observando, leyendo libros, hablando siempre de un Nuevo Mundo formado por pueblos libres, dueños de sus propios destinos.

En Roma, en la cumbre del monte Aventino, mirando allá abajo el panorama de la ciudad antigua, y con su maestro por testigo, jura Simón Bolívar librar de españoles al mundo americano.

El año de 1810 es en América el año de la libertad. Bolívar, que regresa a Caracas, encuentra a sus compañeros de París y de Madrid conspirando. Aquel Ribas de las logias parisienses pone el toque encendido de su gorro encarnado en el cuadro de las reuniones nocturnas, que se celebran en los patios, a la luz de las estrellas. Vivas están en la mente de todos las aventuras y desventuras del general Francisco de Miranda, el precursor apasionado que combatió en los Estados Unidos al lado de Lafayette y en Europa bajo las banderas de Napoleón. Hace cuatro años se presentó Miranda en las costas de Venezuela a dar la primera batalla por la independencia de las colonias españolas. Fracasó, pero su fracaso sólo implicó un error de tiempo o de preparación. En el fondo, fue una elocuente expresión de fe en nuestra liberación.

Las noticias que llegan de Europa entusiasman a los conspiradores de Caracas. España ha perdido la cabeza. En Bayona, bajo la presión de Napoleón, ha abdicado el rey don Carlos IV. Fernando, el heredero, es prisionero del Emperador francés, que nombra a su hermano José Bonaparte, el "Pepe Botellas" de que hablarán las crónicas, Rey de España. El pueblo español se apresta a la defensa nacional. Se forman juntas de gobierno. Y, claro está, surge el problema del sometimiento de América a esas nuevas juntas. El cabildo de Caracas desconoce al representante del Rey. Por las calles se oye el grito de alborada: "¡Viva la libertad!" Y Bolívar, revolucionario, sale camino de Inglaterra, para buscar apoyo a los ejércitos que pronto habrán de formarse.

Lord Wellesley, canciller del reino, recibe en Londres al "coronel" Simón Bolívar, y a sus compañeros Andrés Bello y Luis López Méndez. Van a nombre de la junta de Caracas y, cuando menos, consiguen que se les mire con simpatía. Por primera vez en su vida, Bolívar y Miranda se reúnen, y de Londres salen para Venezuela a bordo del *Avon* y el *Saphire*, dejando al ministro de España entregado a presentar quejas de cancelería por la inaudita tolerancia de Inglaterra.

Ha empezado la guerra en América. El 13 de julio de 1811 se reúne, en Caracas, un congreso que declara la independencia de Venezuela. Esa noche el pueblo sale a vitorear la libertad. Se quema mucha pólvora, la música recorre las calles y los españoles se ocultan en sus casas.

Pero la guerra va a ser dura y difícil y este pueblo de blancos y pardos que apenas si sabe lo que es un fusil, está muy lejos de servir para formar un ejército como los que mandó Miranda en las guerras de Europa. Los primeros encuentros son inciertos. Hay derrotas. Bolívar hace su primer ensayo al frente de un pequeño ejército y obtiene un triunfo de poca importancia. El español Monteverde, en cambio, gana a Coro para la causa del Rey. Muchos dudan. Tan bruscos son los cambios de la fortuna y tan insólito es lo que ocurre en dos años de desconcierto, que nadie sabe si provocar a España puede ser provocar a Dios mismo.

Y mientras así se duda, el Jueves Santo, a las 4 de la tarde, cuando todo en la ciudad está tranquilo, se oyen de pronto ruidos subterráneos. Es el terremoto del año 1813. La capilla de San Jacinto queda en escombros. Nubes de polvo se levantan al derrumbarse viejas

Bolívar tenía, como hombre, el carácter, la simpatía y la apostura que tanto valen en un caudillo. Superior a las fatigas de la guerra, se le ve compartirlas siempre con sus soldados; apasionado de la música y el baile, es también el primero en acudir a una fiesta.

Uno de sus compañeros de armas lo retrata con estas palabras: "Es un azogue. Si atraviesa una selva, marcha rápidamente, deja atrás a todos, apuesta a que salvará los obstáculos mejor que nadie. En su hamaca, se mece continuamente, canta, conversa, recita poesías francesas. Cuando está entre amigos de confianza, alza a veces la voz, deja escapar una que otra palabra subida de tono. Bastará, sin embargo, que llegue algún extraño, para que Bolívar dé en seguida muestras de una circunspección, una cortesía y una dignidad que imponen respeto".

La cualidad que Bolívar poseía en grado más sobresaliente era la que en castellano se llama hombría: aquella entereza de carácter, aquel temple que por sí solos, subyugan la voluntad de los demás. Esta cualidad hacía emanar de la persona de Bolívar algo semejante a un invisible fluido, a cuyo influjo era incapaz de sustraer quien que se hallara en presencia del Libertador.

Moderado en la mayoría de las cosas, no supo serlo nunca en sus relaciones con el sexo bello. Fascinaba a las mujeres dondequiera que iba. Eran ellas las que lo perseguían. Pasan de 2 000 las cartas de amor dirigidas a Bolívar que han llegado hasta nosotros.

—Thomas Rourke, en *Man of Glory: Simón Bolívar*.—

casonas. Se oyen gritos de agonizantes. Los curas realistas aprovechan la oportunidad y exclaman: "¡Es el castigo de Dios! ¡La culpa de la revolución!". Bolívar corre de un sitio a otro prestando auxilio, recogiendo heridos, salvando a cuantos puede, pero cuando oye el maldito rumor de los realistas y ve que toma cuerpo en la gente sobrecogida de pavor, salta airado, calla a los realistas, y se enfrenta a la muchedumbre y grita dominándola: "Si la naturaleza conspira con el despotismo y pretende atajarnos, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca".

La guerra, sin embargo, empieza a resolverse en favor de los realistas. Bolívar pierde a Puerto Cabello por la traición de Vinoni, oficial venezolano "indigno de este nombre", que entregó a los españoles la fortaleza de San Felipe y volvió sus bocas de fuego contra las propias tropas de Bolívar, su superior. Perder a Puerto Cabello es recibir, como dice Miranda, una herida en el corazón. Bolívar escapa por milagro y envía una carta a Miranda en donde le dice que apenas tiene valor para escribirle. Miranda, a su vez, capitula en un sitio que (triste ironía) se llama La Victoria. Monteverde, el realista, se hace dueño de la situación. La primera república de Venezuela ha muerto.

Poco después Miranda es enviado a Cádiz, y morirá en la Carraca encadenado como un perro al muro de la prisión. Bolívar puede escapar a Curazao. Todo lo que fue suyo (sus casas, haciendas, fortuna) queda en manos de los realistas. El criollo rico que causó sensación en Londres y París, se ve ahora desterrado, sin una moneda de vellón, en una isla del Caribe.

Bolívar echa una rápida ojeada al mundo que le circuye. Cartagena, el puerto de la Nueva Granada, está en poder de los patriotas, y a Cartagena se dirige. Entra, hombre vencido pero audaz, lanzando un manifiesto que levanta el entusiasmo de los revolucionarios. El "hijo de la infeliz Caracas" sabe que allá la guerra se ha perdido por culpa de los mismos republicanos que han tenido filósofos por estadistas, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofisma por soldados. En esta hora turbulenta el gobierno debe mostrarse terrible y armarse con fiera contra todos los peligros. Es la primera gran proclama de Simón Bolívar. Los patriotas la leen, y responden confiándole el mandato de un ejército.

¿Ejército? Son apenas unos cientos de hombres que tienen por delante el inmenso territorio de la Nueva Granada, donde se jugará la suerte de la futura Gran Colombia, sueño que ya se dibuja en la proclama de Bolívar.

Mete Bolívar sus soldados en unas malas barcas, y empieza, en la noche, a subir el inmenso río Magdalena (cuyas orillas se pierden en la distancia) para limpiarlo de enemigos, ¡con 200 hombres! Quiere sorprender a los realistas, y los sorprende. En el puerto de Tenerife está la primera guarnición. Moviéndose en las sombras, Bolívar se aproxima. El comandante de la plaza despierta al grito de: "Si no os rendís, descargo mi artillería. Bolívar no tiene ni un cañón. El comandante, que se cree atacado por todo el ejército republicano, se entrega. En seguida, Bolívar, ya mejor armado, cae al puerto siguiente: a Mompox. También aquí los realistas se engañan pensando que avanza un gran ejército, y huyen.

Bolívar ha limpiado de enemigos las bocas del río Magdalena. "¡Aquí nació mi gloria!" exclama entusiasmado. Y, en efecto, esta primera campaña suya es una obra maestra que le ganará la confianza de los pueblos. Un historiador alemán, Gervinus, en su *Historia del siglo XIX*, dirá de ella que no es inferior a ninguna entre las más audaces gestas bélicas que haya conocido el mundo europeo.

Bolívar está ahora en una orilla del gigantesco río, rodeado de selvas, mirando al fondo de los estribos de la cordillera de los Andes. Detrás de esos Andes está su Caracas, y él tiene que volar a liberarla. Del cálido fondo del valle sale con sus tropas, y empieza a trepar la cordillera.

A medida que sube, va chocando con fuerzas españolas. En seis días da seis batallas y obtiene seis victorias. Con la gente que se le une y las armas que toma empieza a parecer un ejército. Pronto puede dirigirse al Congreso de la Nueva Granada diciéndole que deja abierta a los patriotas la navegación del río Magdalena, y que ha destruido a las fuerzas realistas. Tiene cien prisioneros, muchos de ellos oficiales, y bastantes municiones. Es el balance de dos semanas. Pide al Congreso licencia para ir con tropas colombianas a liberar a Venezuela.

Dos meses antes, Bolívar era en la Nueva Granada un desconocido, y llegaba de Venezuela sin un céntimo. Ahora ya es el hombre famoso que guía un cuerpo de apasionados revolucionarios por los más duros caminos. Del valle ardiente ha subido a alturas donde alternan mesetas heladas y lagunas, desfiladeros tremendos que, o no ha cruzado planta de hombre alguno, o vigilan en acecho los indios bravos. Es la primera experiencia suya al frente de un ejército en los Andes, pero tiene fe sin límites. Simón Bolívar avanza, y cuando pisa de nuevo tierra de Venezuela, exhorta a los soldados diciéndoles: "Vosotros, fieles republicanos, marcháis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo".

Ahora, cuando Bolívar llega a las aldeas y ciudades, se le recibe como a un héroe. Ya está en Mérida, ya en Trujillo, donde los pueblos aclaman ebrios su libertad. Cierta día recibe un mensaje que le preocupa hondamente: el comandante español Tizcar ha ordenado a sus tropas que combatan sin dar cuartel a quienes se entreguen. Bolívar entonces decreta la guerra a muerte:

"Los bárbaros españoles os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte: han violado los derechos sagrados de las gentes: han in-

fringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y, en fin, han cometido todos los crímenes, reduciendo la república de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla... Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas..."

Y pisando cada vez más duro, sin detenerse, golpeando aquí y allá a los españoles, avanza hacia Caracas. Valencia se le entrega sin un tiro. Monteverde, comandante del ejército español, huye a Puerto Cabello. Una comisión llega a hablarle a nombre del gobierno realista de Caracas, que se da por vencido. La recibe en La Victoria: el mismo sitio en donde Miranda había capitulado. Es un final asombroso: en su primera campaña, este general de 30 años ha recorrido 1,200 kilómetros atravesando montañas vírgenes, dado seis batallas, destruido cinco ejércitos y reconquistado el oeste de Venezuela en 90 días.

La entrada en Caracas es una apoteosis. La muchedumbre le espera a las puertas de la ciudad, bajo un arco de flores. Se ha preparado para el héroe un carro romano cubierto con hojas de laurel y palmas, y decorado con águilas doradas. Bolívar ha dejado el traje sucio de campaña, y lleva un vistoso uniforme blanco y azul, bordado de oro. Discursos. Doce damas vestidas de blanco tiran del carruaje. Retumban en el valle las aclamaciones, la pólvora, la música. Rosas, camelias, todas las flores de Caracas llueven sobre su cabeza. El pueblo llega hasta los tejados. Muchachos descalzos, hombres y mujeres, bailan y cantan frenéticos tras el cortejo...

Esta campaña relámpago, de triunfos fulgurantes, deja en manos de Bolívar una república sin más bases que su propia fe. Los realistas y la guerra han secado el país. Es preciso imponer contribuciones a los españoles para rehacer la hacienda. El ejército no ha recibido paga alguna. Y si Bolívar ha limpiado el camino que viene desde Nueva Granada hasta Caracas, los realistas están en muchas partes hostilizándolo y amenazándolo. Puerto Cabello está aún en su poder, y han llegado allí 1,200 españoles en la flota que vino de Puerto Rico.

Todos los días hay escaramuzas. En una batalla, Bolívar pierde al más apuesto y joven de sus oficiales: Atanasio Girardot, el neogranadino. En las laderas del Bárbula, cuando su juvenil audacia de abanderado le empujó hasta la cubre para clavar allí la insignia de la patria, cayó acribillado por las balas, a la sombra del árbol de colores que aún tenía el estremecimiento de sus manos. Bolívar exalta el recuerdo de este héroe en forma impresionante. Pone su corazón en urna dorada para llevarlo a Caracas, y mientras los pueblos se cubren de negros crespones, la procesión que conduce la reliquia camina día y noche, al son de cobres y tambores, hasta Caracas que recibe conmovida ese fruto amargo de la victoria.

Caracas ve que nadie está más cerca del pueblo que Bolívar. Le da un título que será luego el de su gloria: Libertador de Venezuela. Pero el "Libertador", que recibe con emoción el homenaje, ve que a lo lejos y en torno suyo se agolpan malas nubes. Crece el poder de

**DROGUERIA CENTRAL
ASOCIADA**

**DISTRIBUIDORES DE ESPECIALIDADES
FARMACEUTICAS**

**Apartado N° 29
Teléfono 52-00-57**

San Pedro Sula.—Honduras, C. A.

los enemigos: Ceballos sale de Coro con 1,300 realistas; Salomón avanza sobre Valencia con 2,200; Boves amenaza a Caracas con sus 2,000 jinetes, y Yáñez manda 2,500 en los llanos de Apure.

En las llanuras de Araure, Bolívar da su primera gran batalla el 5 de diciembre de 1813. Y la da a raíz de su primera derrota, cuando en Basquisimeto una orden de retirada, dada por error, le arrebató de las manos el triunfo. Pero el combate de Araure es cosa grande. Bolívar tiene 4,800 hombres; 5,200 los realistas. Se pelea todo un día. Bolívar observa desde una colina los movimientos de sus cuatro columnas, y su caballería y su artillería. ¡Cuántas cosas tiene ahora! Más tiene al anochecer, cuando, puestos en fuga los españoles, dejan mil muertos en el campo y toma 700 prisioneros.

La victoria parece afirmar la liberación de Venezuela. ¡Ilusión! Por el lado de los Llanos empieza a formarse la legión infernal: la de Boves. Son partidas, muchedumbres de jinetes que, de asalto en asalto, llevan el terror a los pueblos.

El propio Boves es un hombre cruel que no parece haber sido amamantado con leche de mujer (como dirá Bolívar) sino con la de los tigres y las furias del infierno. Tiene todo el aire salvaje que ha traído de los hatos del Llano, y tras él galopan 8,000 jinetes que no desdicen de su capitán.

Dos victorias de Bolívar (la de Carabobo y la que obtiene en su propia hacienda de San Mateo) no hacen sino retardar la tormenta. Llega un momento en que fatalmente cae Valencia, y Boves avanza hacia Caracas, que no tiene cómo defenderse. Viene la emigración en masa de los patriotas. Lo que ahora dirige Bolívar no es un ejército, sino una muchedumbre de 10,000 personas que huyen de la ciudad para esconderse en los montes. Ancianos, niñas que no habían conocido sino el risueño contorno de los patios de Caracas, nobles caballeros, forman este abigarrado conjunto que camina 20 días y 20 noches para buscar un último refugio en Barcelona. Y a la cabeza de todos, Bolívar. Envuelto va en su capa oscura, hundida la barba en el pecho, consumido por el infortunio que hace ver más profunda la llama de sus ojos.

La ola de la reconquista española avanza por todas partes. Bolívar se pone a salvo en la isla de Curaçao. La prueba de la derrota empieza a minar la moral de sus compañeros, que le vuelven la espalda y lo calumnian. Él lo ha perdido todo; las que fueron sus inmensas riquezas están en poder del español, y, sin embargo, se le acusa de haber tomado para sí dinero de los patriotas.

Solitario, empecinado, por segunda vez dirige los ojos hacia la Nueva Granada. Vuelve a Cartagena, pero esta vez se presenta sin un soldado a rendir cuentas del ejército que se le había confiado para libertar a Venezuela. El Congreso está reunido en Tunja, y a Tunja va a entregarse como un prisionero que quiere someter su conducta al juicio de sus conciudadanos. En el Congreso se le recibe con una grande ovación.

"General", le dice el presidente, don Camilo Torres, "vuestra patria no muere mientras viva vuestra espada; con ella, vos la rescataréis de sus opresores".

Estas palabras generosas se pierden en el tumulto de lo acontecimientos. No está lejano el día en que el propio don Camilo Torres que las ha pronunciado, pierda la vida en el cadalso. España se ha recuperado en Europa. Fernando VII ha vuelto al trono con una

idea fija: la de reconquistar a América. Morillo, un militar que ha combatido contra Napoleón, sale para América al frente de 15,000 soldados de verdad, en 76 navíos repletos de armas. Por primera vez España va a lanzar todo su poderío sobre la masa de campesinos que ha tenido a sus órdenes Bolívar. Y mientras hay vacilaciones y celos entre los oficiales revolucionarios, Morillo cae sobre Venezuela y un ejército formidable avanza hacia el interior de la Nueva Granada.

Como huyó la gente de Caracas, ahora huye la de Bogotá, y en los patíbulos entregan su esperanza y su vida los criollos más ilustres que se pusieron al servicio de la revolución. Bolívar, viendo el vacío en torno, busca refugio en Jamaica.

El héroe toca ahora al fondo de su propio abismo. El gobernador de la isla, duque de Manchester, que suele estar con él, dice: "La llama ha consumido el acéite". Marwell Hyslop, un inglés de quien se hace amigo y que le ayuda prestándole dinero, recibe de Bolívar cartas en donde el humor sonríe sobre la tragedia: "No tengo ni un peso, y la lavandera, que es un alma paciente, se niega a lavar mi única camisa". Meaciéndose inquieto en la hamaca, ve pasar en el mundo de los sueños las sombras de sus pueblos. Escribe muchas cartas, recibe visitas de muchos refugiados. Una comisión del Congreso de la Nueva Granada va a suplicarle se ponga de nuevo al frente del ejército, pero al mismo tiempo sabe que la guarnición de Cartagena y el Congreso no se entienden. Bolívar agradece el llamado, pero rehúsa aceptar la invitación. Una noche se desliza hasta su hamaca un asesino y descarga el puñal sobre quien allí duerme. Quiso el destino que no estuviese allí Bolívar, como era lo esperado, sino su amigo Félix Amestoy. El criminal, un antiguo sirviente de Bolívar pagado por ciertos españoles, es ejecutado en la plaza de Kingston.

De todo este fondo de miserias y desventuras surge el mejor documento que escribe en su vida Simón Bolívar: la carta de Jamaica. Es una carta ambiciosa y profética donde hace una pintura de lo que será América para sí misma y para el mundo. Predice las dictaduras de la Argentina y de México, todas las desventuras e ilusiones de América.

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible; porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo..."

En Jamaica pasa Bolívar seis meses. Ya es imposible permanecer allí más tiempo, haciendo literatura.

Sabe que Cartagena está sitiada, y hacia Cartagena se encamina. Pide 200 pesos prestados, y fleta una goleta. En alta mar tiene noticia de que Cartagena se ha rendido, y, como otros emigrados, vuelve proa hacia Haití.

En esta república negra, que se ha sacudido el yugo de Francia y derrotado a las fuerzas de Napoleón, va reuniéndose un grupo de revolucionarios que encuentran cálida acogida. Más aún: se ofrecen a Bolívar y a sus compañeros, armas, municiones. ¿Hacia dónde encaminarse? Hacia Venezuela. Allá puede darse la batalla definitiva. Tanta fe tiene Bolívar, que un día se embarca, desciende en la isla de Margarita, proclama una vez más la independencia de Venezuela y establece un gobierno.

La isla de Margarita no es ni una milésima parte del territorio de Venezuela, que está en poder de Morillo con sus 10,000 veteranos de España y no se sabe cuántos miles de criollos realistas. ¡Qué importa! Bolívar está seguro de que esto es momentáneo. Se anticipa a decretar la libertad de los esclavos, anuncia que terminará la guerra a muerte si los españoles dejan sus persecuciones despiadadas. No tiene para respaldar estas palabras nada distinto de su fe.

Al fin, un día llega a tierra firme, y avanza a Barcelona. El primer jefe patriota con quien se abraza es el general Arizmendi. Pasan revista a las tropas reunidas de los dos jefes: ¡Setecientos soldados en total! Con esta base, el Libertador se lanza a una campaña que no terminará sino el día en que los españoles sufran la última derrota en el corazón del Perú.

Tomar a Caracas es muy difícil. Bolívar lo intenta, y sufre una derrota. No hay sino un camino seguro, que es ir al Orinoco y hacerse fuerte en los Llanos. Es el que Bolívar escoge. El primer paso ha de ser tomar el puerto de Angostura, y Angostura cae, con ayuda de los haitianos. El azaroso camino de la llanura sin límites está abierto.

En esa llanura, un "tigre" ha venido mordiendo los flancos del ejército español, hasta infligirle su primera derrota al general Morillo. Ese Tigre de los Llanos es el general Páez: un jinete cabal, que no acierta a descifrar una carta, pero que por su valor y audacia se coloca el primero entre toda la gente de la sabana. Día llegará en que, pulido este gigantón americano, y ya al final de su vida, le agasajen en Europa nobles y poderosos, la emperatriz Eugenia le distingue como su huésped favorito, lo aclame el Presidente de los Estados Unidos y por las calles de Nueva York desfilen las tropas en su honor. Por ahora no es sino el gran jinete, el centauro, que se abraza por primera vez con Simón Bolívar. Los dos hombres han descendido de sus cabalgaduras, avanzan el uno hacia el otro y, delante de sus tropas que se abren en silencio, emocionadas, como dos patriarcas, se echan los brazos y juntan las cabezas.

Hay un tercer personaje en los Llanos que marcha con ellos: el granadino Francisco de Paula Santander, que ha reunido el grupo de tropas de su patria, y las comanda.

La primera batalla que dan estas tropas reunidas es la de Calabozo, que muestra a Bolívar de cuánto son capaces los llaneros: estos mozos casi desnudos, confiados en sus lanzas y caballos, se arrojan contra

una escuadrilla de lanchas armadas que tienen los españoles en la mitad del correntoso Apure. Lo inaudito de esta resolución da la victoria. Cunninghame Graham dirá que es la primera vez en la historia de la guerra que la caballería ataque a una flota armada.

Bolívar asiste a este espectáculo con emoción y advierte de un vistazo lo que valen los llaneros, pero pierde en esta ocasión las ventajas de su triunfo. Le tiente la idea de libertar a Caracas, en donde están las fuerzas de Morillo. Avanza a Maracay, a La Victoria, a su antigua hacienda de San Mateo, donde sus fieles esclavos caen de rodillas y le besan las manos. Pero al dar la batalla final, la pierde. Ha sido precipitada esta campaña en donde los ejércitos de la república, todavía mal adiestrados, van a chocar con regimientos de veteranos que llevan los nombres de victorias famosas ganadas por los españoles en las guerras napoleónicas: Valencey, Burgos, Barbastro, y que mandan Morillo mismo, el feroz Boves y otros de no menos bravura y experiencia. El choque es tremendo. Hay un momento en que la victoria parece inclinarse al lado de los patriotas, pero viene de pronto un refuerzo de tropas frescas que determina una decisiva superioridad de los españoles. El ejército patriota se retira en desorden, con una pérdida de mil hombres.

Con la derrota de La Puerta, Bolívar empieza a meditar en la única solución posible: la solución heroica, apenas verosímil: trepar la cordillera de los Andes con sus casi desnudos llaneros, cruzarla por la región de los páramos, subir 3,000 metros desde el fuego de la llanura hasta el hielo de Pisba, para atacar a los españoles en el corazón del viejo virreinato: en la Nueva Granada.

Mientras madura esta idea, la vida de los Llanos está llena de asechanzas y coloridos. Bolívar duerme a campo raso, envuelto en su capa, sin más distintivo que una chaqueta azul. Usa el mismo sombrero de paja de los llaneros, y calza alpargatas. Ya no es el criollo que discurrió alegremente por las capitales de Europa con las frescura de los 20 años: los soles han quemado su piel, los trabajos surcado su frente, y la llamarada de sus ojos se ve más honda. Pero está en la plenitud de su vida. Es elástico, vivaz, y su cuerpo delgado y pequeño mantiene todo el vigor juvenil.

En este mundo contradictorio, en que luchan de un lado la cruda realidad y de otra la inextinguible fe de Bolívar, el Libertador se cree en el centro de una república de verdad, de un Estado que debe darse constitución y que bien puede iniciar relaciones con las potencias europeas. Convoca un congreso que ha de reunirse en Angostura, donde tiene establecido su cuartel general, como si dijéramos: la capital de su Estado. Envía a Santander para que aliste gente de la Nueva Granada, con el secreto propósito de cruzar los Andes. Funda **El Correo del Orinoco** y escribe sin descanso para ese diario artículos que renueven la fe en la revolución.

Y así, se reúne el Congreso de Angostura. Bolívar pronuncia el discurso inaugural, que figurará luego como una de sus tres grandes piezas políticas. Traducido al inglés y al francés, se envía a los gobiernos extranjeros. La misma pobreza del medio da más grandeza a esta exposición. Los diputados son sólo 23. Algunos han llegado descalzos, a lomo de asno o de mula. Ante ellos, Bolívar renuncia al poder civil y sólo pide que se le permita retener el mando del ejército: ni pri-

mer día de la paz, será el último de su mandato. La dictadura no puede continuar por más tiempo. Si el pueblo se acostumbra sólo a obedecer y a que lo manden, nacerán de ahí la usurpación y la tiranía.

Bolívar pasa revista a las grandes ideas políticas de todos los tiempos, desde Grecia y Roma, hasta la reciente formación de los Estados Unidos. Piensa que el gobierno debe asegurar en la mayor medida posible el bienestar, la seguridad social y la estabilidad política de los Estados, pero cree que la democracia pura o la federación son tipos demasiado avanzados para un pueblo como el suyo, sin educación, sin tradición de libertad, y en donde hay una mezcla de tan grandes razas.

El Libertador presenta, además, un proyecto de constitución en que establece la igualdad civil, la libertad de cultos y la abolición de la esclavitud. Pide que haya una presidencia vitalicia, un senado hereditario y una cámara de elección popular. El poder judicial lo presidirá una corte de cinco miembros nombrados por el Congreso.

Bolívar, en gran parte, pretende impresionar con este Congreso a las naciones extranjeras. Mientras los diputados deliberan, el héroe ya va muy lejos reanunciando sus campañas militares.

Antes de salir de Angostura, Bolívar ha tenido uno de esos rasgos teatrales que usa siempre para sorprender a quienes quiere impresionar. Da un baile en honor de un agente del gobierno de los Estados Unidos, a quien él llama "el embajador americano". En la mesa, que preside vistiendo ostentoso y brillante uniforme, pronuncia un discurso exaltado. Al terminarlo, el Libertador salta de improviso sobre los manteles, y marchando con paso seguro entre el ruido de los cristales que saltan y se quiebran, exclama: "¡como cruzo esta mesa de un extremo al otro, marcharé del Atlántico al Pacífico, de Panamá hasta el Cabo de Hornos, hasta expulsar al último español...!"

Y marcha a la guerra. Es presidente titular del Estado, pero deja al vicepresidente en ejercicio. No ha escogido la vía del Orinoco, por donde podría avanzar en barcos. Va por tierra, nadie sabe a dónde. A cruzar los llanos, donde los ríos, que se salen de madre, convertirán la tierra en un mar. En Arauca, recibe un mensaje que le envía Santander. Éste ha formado un nuevo ejército de neogranadinos, y despejado de españoles la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Está abierto el camino para ir a la Nueva Granada.

En el Hato del Setenta, la noche del 23 de mayo de 1819, en torno a una candelada, sentados los oficiales en calaveras de vacas, Simón Bolívar tiene un "consejo". Por primera vez revela el camino que se propone seguir en esa campaña: cruzar la cordillera de los Andes.

Y empiezan las marchas. Con el agua a la cintura, con el agua al pecho, bajo la lluvia dura, o bajo el sol de fuego, una, dos, tres semanas, se ve serpentear la tropa como detalle minúsculo en el cristal sin límites de la pampa. Al fin, la mole de los Andes empieza a perfilarse. Del agua y el lodo va saliendo este espectro de milicias. Con mano temblorosa empieza a agarrarse de las rocas que caen verticales sobre la llanura. Vacila el casco firme de los caballos. Pero sube la tropa, sube, sube, y a medida que sube, la meno helada del páramo se afirma en el cuerpo sin carne de los llane-

ros que sienten por primera vez estas garras. Es una escalera de 2,000 metros de altura cuyos peldaños van quedando pintados de cadáveres.

En lo más alto, en Pisba, en una noche límpida, la luna cae vertical sobre estos hombres que marchan tiritando, y sobre las mujeres que los siguen con sus hijos en brazos. El que no avanza, muere. A algunos se les flagela para que no se detengan, para que no caigan entumidos. Pero son muchos los que quedan clavados por las agujas del frío. Tres mil doscientos valientes iniciaron el ascenso. Mil doscientos verán con vida la otra vertiente de estos montes. Las caballerías, el ganado, todo se lo han llevado los rigores del páramo...

Ya se ve el otro lado. Ya bajan por las colinas los soldados, los sobrevivientes que van a enfrentarse con el ejército español. Doscientas cincuenta leguas han caminado desde Angostura, dando batallas donde las tropas de Morillo se les han interpuesto. En cuatro meses se lleva así a cabo una de las hazanas más salientes que registren los anales de la historia militar del mundo. Ahora pelearán contra veteranos que, bajo las órdenes de Wellington, derrotaron a Napoleón.

En Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato de la Nueva Granada, el virrey Sámano espera noticias del ejército real. Apenas puede creerse que Bolívar haya aparecido de súbito, cruzando la cordillera de los Andes, por los caminos del altiplano que conducen a la capital. En el primer encuentro, 3,000 españoles bien armados sufren increíble derrota a manos de 2,600 patriotas desarmados.

Bolívar no pierde un minuto. Centenares de campesinos se suman a diario a su ejército. Hay que instruirlos en la retaguardia, para un combate que puede presentarse al día siguiente, mientras a marchas forzadas se sigue a dar la batalla que habrá de sellar la independencia de Colombia.

Ocurre el encuentro el 7 de agosto de 1819. En el fondo de un vallecito por donde corre el río Boyacá, chocan los dos ejércitos, que descienden con ímpetu de las opuestas faldas de los montes. En pocas horas se gana la más gloriosa victoria. Mil seiscientos soldados y 39 oficiales se entregan con todas sus municiones. El virreinato de la Nueva Granada queda libre. El virrey emprende una fuga tan acelerada, que ni se acuerda del millón de pesos que queda en las cajas reales.

En Bogotá, la asamblea del pueblo proclama a Bolívar Libertador de la Nueva Granada y ciñe sus sienes con una corona de laurel: él la entrega a Santander y a Anzoátegui, jefes de las divisiones vencedoras. La muchedumbre aclama a los soldados descalzos. Los oficiales apenas llevan alpargatas. El Libertador viste levita negra y pantalones blancos, botas altas y una gorra de piel. Ha venido, dice, a pagar una deuda que Venezuela había contraído con la Nueva Granada.

Ha pasado un mes desde Boyacá. Bolívar inicia las labores del gobierno, pero sabe que su puesto está en los campos de batalla y que Venezuela ha quedado en poder de los realistas. Parte de nuevo a su patria, dejando como presidente en ejercicio al vicepresidente Santander. A marchas increíbles, mudando de cabalgadura a cada estancia del camino, repasa las mismas comarcas que había recorrido con su ejército. Ahora el Libertador va casi solo, y por los caminos reales.

LA SEGURIDAD SOCIAL

no es un privilegio de determinadas personas; es una conquista de los trabajadores, los patronos y del Estado.

EL INSTITUTO HONDUREÑO DE SEGURIDAD SOCIAL,

como Institución rectora, se encamina por lo tanto, hacia un futuro de dimensiones positivas en beneficio de todos aquellos sectores sujetos al régimen del Seguro Social.

Igualmente pretende, en un futuro no muy lejano, contribuir al logro de una seguridad permanente de todas las clases sociales del país, como enlace efectivo hacia la tranquilidad y la armonía de la gran familia hondureña.

**"NO HAY PAZ DURADERA
SIN JUSTICIA SOCIAL.
NO HAY JUSTICIA SOCIAL
SIN SEGURIDAD SOCIAL".**

En Barinas se encuentra con Páez y le hace un relato de las proezas cumplidas. Bajando el Orinoco, cruza con una flechera que lleva izada bandera de general!

—¿Qué general sube? —pregunta Bolívar.

—El general Sucre, Excelencia.

—¿Sucre? No hay tal general. Hágame usted señas para que venga a tierra.

Las dos flecheras se dirigen a la playa, y Bolívar ve por primera vez a este hermoso soldado de 25 años, que hace su presentación con un breve relato de su carrera. Respecto a su grado dice: "Nunca he pensado, Excelencia, retener mi rango sin vuestra aprobación".

Cuando Bolívar se despide del "general" Sucre, ya lo lleva en el corazón, pero está lejos de pensar que será el más amado de sus soldados con el tiempo y el más fiel de sus amigos.

En Angostura, Bolívar se encuentra con el desorden y la anarquía que son como la maldición de América. El gobierno ha pasado de unas manos a otras al compás de luchas internas. Bolívar tiene que realizar una obra maestra para poner de acuerdo a la gente, imponer orden... y regresar a los 12 días por el mismo camino que había traído. Hacer uno solo de estos viajes es bastante para escribir una historia. Bolívar hace tres en un año. Pero de Angostura no sale sin echar las bases de la Gran Colombia: convoca el congreso que habrá de reunirse pocos meses después en Cúcuta.

Otra vez en Santa Fe de Bogotá, Bolívar recibe delirantes aclamaciones. Pero no se detiene. Viaja a una y otra parte, reconociendo palmo a palmo, con sus propios ojos, la tierra en que se afirmará su gloria. Ahora se dirige hacia Cúcuta, la sede del congreso de su "Gran Colombia". Cúcuta queda en la frontera con Venezuela, y en Venezuela aún están vivas las fuerzas del generalísimo español Morillo. Pero en esta ocasión el general envía a Bolívar una comunicación que, cosa extraña, está dirigida a "Su Excelencia, el Presidente de la República". El español propone un armisticio. Los dos jefes convienen en una entrevista. En Trujillo, la misma ciudad donde años antes decretó Bolívar la guerra a muerte, se reúnen y departen amistosamente, después de abrazarse, los dos hombres que simbolizan la causa de América y la causa de España. Es una extraña reunión que llena de asombro a cuantos la presenciaban. Después de todo, y cuando pasen los días, sólo quedará como un recuerdo impresionante que Morillo relatará con palabras que muestren la admiración que fue creciendo en él hacia el Libertador americano. Y pensar que cuando Bolívar llegó al campo de la entrevista, cabalgando en una mula y sin que ningún uniforme ostentoso realzara su cuerpo mediano y enjuto, apenas si pudo ser distinguido por las personas de la comitiva española...

El armisticio es fugaz. Pronto desaparece entre el humo de la pólvora, y Bolívar da la batalla que sella la independencia de Venezuela: Carabobo.

Es el 24 de junio de 1821. Menos de dos años hace que dio la batalla de Boyacá, y ahora su ejército es más grande que el español. Los 6,500 hombres que manda (infantes, jinetes y artilleros) aniquilan en la llanura a los 5,000 españoles en un día lleno de emoción llanera. Páez y los de su tropa realizan allí hazañas de las suyas. Cuando esta vez el Libertador entra en Caracas, es para anunciar el triunfo definitivo de los patriotas.

La tarea del guerrero ha terminado en el norte. Ya Venezuela y la Nueva Granada nada tienen que temer en sus fronteras. Pero al sur España sigue dominando, y el juramento de Bolívar ha sido no descansar ni un instante mientras en el suelo americano haya españoles que pretendan destruir la libertad de sus pueblos.

El 13 de diciembre de 1821 Bolívar sale de Bogotá a la cabeza de 3,000 soldados. En unas cuantas semanas ha planeado una campaña que requiere meses de estudio. Ve claro que la última batalla de América hay que darla en el Perú. Es allí donde los españoles conservan su última y más firme defensa. Ya la Argentina y Chile conquistaron su independencia, y San Martín avanza hacia el Perú, movido por las mismas ideas que embargan la mente de Bolívar.

Bolívar, que ha cruzado los Andes de oriente a occidente, los va a recorrer ahora de norte a sur, siguiendo los más fragosos y azarosos caminos. La barrera más difícil de franquear la forman las montañas y los realistas de Pasto, cerca de la frontera entre Nueva Granada y Ecuador. Allí los ríos pasan entre rocas verticales, cortando todos los caminos que el hombre pueda imaginar. Los guerrilleros realistas son de un valor y obtinación sin límites. No se sabe qué es más duro, si la roca o el hombre.

Bregando está por abrirse brecha, cuando un grito de alborozo se oye por los lados del sur: es la victoria de Pichincha, ganada por aquel general Sucre, el joven a quien abrazó Bolívar en el Orinoco. Pichincha es la batalla de la libertad para el Ecuador, como lo fueron Boyacá para Colombia, Carabobo para Venezuela.

Salvados los últimos obstáculos de Pasto, se dirige a Guayaquil para tener una entrevista que será decisiva en el curso de la historia americana: la entrevista con San Martín. Los dos libertadores que han arrebatado de las manos de España el norte y el sur de la América meridional, planearán ahora la campaña que consolide sus victorias.

Bolívar llega a Guayaquil 14 días antes que San Martín. Cuando el libertador del sur aparece a bordo del *Macedonia*, una comisión enviada por Bolívar va a saludarlo y a darle la bienvenida al Protector del Perú que llega a "suelo colombiano". En estas palabras, y en la anticipación de Bolívar para llegar a la entrevista, queda resuelto uno de los puntos que iban a tratar los libertadores: si la provincia de Guayaquil habría de quedar bajo la bandera de Colombia, o bajo la bandera del Perú. San Martín permanece esa noche en el buque, y al día siguiente, muy de mañana, llega allí Bolívar a saludarlo. Los dos héroes se abrazan, y bajan a la ciudad que, vestida de flores, los aclama. Por la noche, después del banquete, los dos se retiran a dialogar. Nadie, ni de las tres conferencias que celebran al día siguiente, pero después de esta entrevista, San Martín deja el campo a Bolívar. Cree concluida su vida pública y se irá a Europa a terminar sus días.

Más de un año demora Bolívar en el Ecuador, y en cuatro ocasiones recibe la súplica de los peruanos de que vaya a terminar la obra de la libertad americana. Los patriotas no dominan allí sino una estrecha faja contra el mar, que comprende a Callao, Lima y Trujillo. En el interior, está el ejército español de 18,000 hombres.

Bolívar entra triunfante en el Perú, pero no ha de entregarse al placer de gentiles agasajos sino a la cru-

da realidad de guerrear y enderezar el gobierno de un pueblo atormentado por las luchas políticas. Hay que someter, en primer término, a Riva Agüero, que estableció en Trujillo gobierno propio. Hacia allá se dirige Bolívar con lo poco que tiene de ejército, y logra un triunfo incruento. Riva Agüero se fuga, camino de Europa. Pero el panorama no puede ser más desolador. Lo que tiene de tropas no se puede, ni en pensamiento, enfrentar al inmenso ejército español. Le falta dinero. Él mismo está enfermo. En un pueblecito, en Pativilca, en un día de lluvia, solo, alicaído, le encuentra don Joaquín Mosquera. Bolívar le pinta el cuadro melancólico de la situación.

—Y Su Excelencia, ¿qué pretende ahora? —pregunta don Joaquín.

Y Bolívar, incorporándose de un salto, y encendiendo la llamarada de sus ojos, contesta:

—¡Triunfar!

Y con actividad sin precedentes Bolívar se entrega a crear, a organizar un ejército de 9,000 hombres, levantando dinero a la fuerza, reclutando hombres y caballos, tomando oro y plata de las iglesias, haciendo viajes tremendos al interior de los Andes, a tierras que jamás han visto sus ojos, que antes no había pisado hombre blanco; sin darse ni un momento de descanso, aunque lo quema el fuego de la enfermedad.

En septiembre del año 23 llegó al Callao. Ahora estamos en mayo del 24 y ya tiene situados 5,000 soldados de las tropas colombianas y 4,000 de las peruanas en distintos lugares del norte del Perú. Meses después pasa revista a sus tropas, alineadas para dar la batalla de Junín, en la vasta llanura que está en la corona de la cordillera de los Andes, al lado de laguna de los Reyes.

"¡Soldados!" exclama. "Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargarse a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud... El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo..."

Detrás de estas palabras de Bolívar echan a galope los caballos, corren los infantes, vuelan las banderas, y el ejército español de Canterac queda barrido.

Lo que sigue es un delirio de victorias. La última batalla, la de Ayacucho, la da Sucre con sus 5,780 hombres que, con una sola pieza de artillería, derrotaron a 9,310 españoles. El último de los virreyes sale vivo gracias a la generosidad del vencedor. Las campañas de Lima se echan a vuelo. El palacio de Bolívar es una corte esplendorosa que adorna la gracia incomparable de las limeñas. Bolívar resigna los poderes dictatoriales, pero el Congreso le obliga a conservarlos por por un año más. Convoca él el Congreso internacional de Panamá, invitando a todas las naciones de la América hispana y pidiendo a los Estados Unidos e Inglaterra que envíen sus representantes.

Está en el apogeo de su gloria. Quince años abarcan sus hazañas guerreras sobre un territorio que tie-

ne seis millones de kilómetros cuadrados. Ha librado del poder español a Venezuela, Nueva Granada, Quito y Perú, que luego serán las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú. Panamá, por su propia voluntad, se ha colocado bajo su protección. Estas tierras representan diez veces la extensión territorial de España. El juramento de Roma está cumplido.

Cuando Bolívar entraba triunfalmente en Quito, después de la batalla de Pichincha, entre las mujeres que lo vitoreaban había una de 22 años, casada con un médico inglés, el Dr. Thorne. Aquella noche, en el baile, fue para el Libertador la mejor pareja de la fiesta. Había vivido su infancia en Lima, respirado un aire de alegre libertad, y parecía demasiado vivaz y agradable para ser sólo la esposa de Mister Thorne. Se enamora locamente de Bolívar, y quiere compartir su suerte. Parte con él, y, amazona, con uniforme de dragones y lanza en mano, le sigue en sus campañas. Bolívar la llama su "amable loca". Los soldados, "la Libertadora". La historia habrá de recordarla con su nombre propio, Manuelita Sáenz. En Lima comparte con Bolívar la vida del palacio, y cuando él vaya al Alto Perú, será su compañera.

BANCO MUNICIPAL AUTONOMO

SU OBJETIVO ES EL BIENESTAR DE
LAS LOCALIDADES DEL PAIS CON UNA
COOPERACION OPORTUNA
Y PROGRAMADA.

TEGUCIGALPA, D. C., DEPARTAMENTO
FRANCISCO MORAZAN, HONDURAS.

CON LOS AMIGOS DE LOS BUENOS LIBROS.

En la Librería EXCELSIOR, de Roberto Gamero, en Danlí, Honduras, C. A. se halla en venta la novela **BLANCA OLMEDO**, 4ª edición, de la notable novelista hondureña Lucila Gamero de Medina. Hágase de su ejemplar.

Por sexta vez Bolívar renuncia ahora a regir los destinos de Colombia, con cuya presidencia se le honra. Seguirá Santander en el gobierno. Él marcha al Alto Perú, donde una nueva nación tomará su nombre: Bolivia. El Congreso le aclama allí Padre de la República y Jefe Supremo del Estado. Bolívar, desde luego, no ejerce esta autoridad, y regresa a Lima. Allí redacta una constitución para Bolivia, en donde renueva su pensamiento de la presidencia vitalicia y muchas de las ideas que ya había esbozado en Angostura.

Lo que ahora tiene ante sus ojos Bolívar es un mundo diferente. Ya no hay españoles en América. Pero reina la anarquía en Venezuela, donde se piensa hasta en coronarlo emperador. En Lima, la vida cortésana lo asfixia. Los amores de Manuelita, unas veces le alegran, otras veces le incomodan. Bolívar resuelve volver a Colombia. Es inútil que los peruanos le supliquen que no salga de Lima. Él sólo les pide que se defiendan de la anarquía. Y, ya enfermo, mordido por la fiebre, emprende el viaje de retorno, no con la expedición de otro tiempo, pero aún con vigor bastante para hacer en 21 días los 2,000 Km. de distancia que hay entre Lima y Bogotá, pasando por caminos infernales.

Cuando entra en Bogotá, hay algo distinto en el aire de las aclamaciones. En los arcos triunfales ya no dice, como en años anteriores: "Viva el Libertador", sino "Viva la Constitución". Es la influencia de Santander. Bolívar "tiene ya la frente surcada de aquellas misteriosas arrugas que son, de ordinario, o la expresión patente de un gran combate reñido en el fondo del alma, entre la ambición y el patriotismo, o las señales precursoras del próximo paso de la vida a la inmortalidad; en toda su fisonomía se muestran los lineamientos de una senectud anticipada".

A medida que los pueblos se sienten más seguros de su independencia, los sueños de Bolívar sobre la Gran Colombia, presidencias vitalicias, constitución de Bolivia, van malográndose al contacto de la realidad. En Venezuela, Páez y los suyos se alzan con el poder. Bolívar va allá, abraza a Páez, le regala la espada bien ganada que trajo de Bolivia, pero la unión que así pacta se vuelve humo y olvido en cuanto regresa a Bogotá. En la Nueva Granada se reúne el Congreso de Cúcuta, que debe dictar la nueva carta fundamental: los amigos de Bolívar no logran imponer sus ideas, que se estrellan con la corriente de Santander. Abandonan el Congreso y lo hacen fracasar. En Bogotá una asamblea de notables elige dictador a Bolívar, que acepta la medida extrema. Pero la dictadura no hace sino ahondar las divisiones políticas. Una noche, conspiradores exaltados atentan contra la vida de Bolívar. Lo salva Manuelita obligándole a que huya por un balcón, y debe esperar a que amanezca, escondido bajo un puente, para volver al palacio. Unos conspiradores huyen, otros son fusilados. Al general Santander, jefe de la corriente antibolivariana, se le encarcela; luego se le destierra. El "Hombre de las Leyes", como le llamó Bolívar, sólo regresará a Colombia años después, como presidente de la República.

No hay que mirar ni al sur, ni al norte, ni al este, ni al oeste. La anarquía se extiende como candela en pajonal. En la provincia de Antioquia, Córdoba, el Héroe de Ayacucho, se subleva contra la dictadura. Los soldados de Bolívar le derrotan, pero esta es una victoria turbia, porque un soldado irlandés asesina a Córdoba vencido. En Bolivia, Sucre ha tenido que

abandonar el país dejándolo al borde del abismo. Los peruanos, por otra parte, declaran la guerra a Colombia e invaden a Guayaquil. Bolívar parte a apagar el incendio, que Sucre domina mientras el Libertador viaja, dando la batalla de Tarqui. Pero Bolívar está en la pendiente de las tragedias, regresa a Bogotá, se separa para siempre del mando, y el Congreso elige presidente a don Joaquín Mosquera.

Ahora sólo siente la necesidad de partir. De ir a buscar en tierra extraña tranquilidad para terminar sus últimos días.

El 8 de mayo de 1830 sale a caballo de la capital de la república que ha creado, para no volver más.

"Se va el gran caballero de Colombia", dice, al verlo partir, el legionario Patrick Campbell, que es ahora ministro de Inglaterra ante el gobierno de la República.

Bolívar no se despiere de Sucre, por evitarse la intensa emoción de abrazarlo. Sucre le escribe una carta que le lleva el homenaje de sus lágrimas. Cuando Bolívar llega a Cartagena, no tiene ni un céntimo. La fiebre lo devora. Sus pulmones están hechos pedazos. A los pocos días recibe una carta que acaba de destrozarle el alma: en la montaña de Berruecos, cuando iba camino de Quito, personas desconocidas han asesinado al general Sucre, al hijo de su espíritu.

Y sigue la vorágine de las noticias, que apenas pueden hacer otra cosa que estrujar la pobre vida del héroe, que ya no es sino la sombra de su sombra. Sus amigos de Bogotá, acaudillados por el general Urdaneta, han dado en tierra con el gobierno de Mosquera y han proclamado una vez más la autoridad suprema de Bolívar. Lo llaman para que vuelva a Bogotá. ¡Qué ironía! Bolívar está devorado por la fiebre. En la ciudad ardiente, la lluvia cae sin cesar. De la arena emana un vaho asfixiante. Para escapar de esta tortura, Bolívar sale camino de Barranquilla. En una goleta se dirige luego hacia Jamaica; quizá el aire, la brisa del mar, devuelvan la vida a sus pulmones. ¡Inútil! El balanceo de la goleta le hace tal daño que se interrumpe el viaje y vuelven proa a Santa Marta.

Ahí están los amigos en la playa. Lo que baja es un saco de huesos. En litera, porque ya las piernas que domaron potros en los Llanos no sostienen ni ese pobre despojo de su cuerpo, se le lleva a la hacienda de San Pedro Alejandrino. Por los corredores de la casa, donde se mezclan con las brisas del mar el perfume del monte y los olores de miel que vienen del trapiche, apenas dialogan los amigos. Los negros, descalzos, pasan como sombras, húmedos los ojos. El médico, un francés, Alexandre Révérend, conversa a veces con el enfermo.

—¿Qué le ha traído a estas tierras, doctor? —le pregunta Bolívar.

—He venido en busca de libertad, Excelencia.

—Y, ¿la ha encontrado usted?

—Sí, Excelencia.

—Entonces, ha sido usted más afortunado que yo...

Ha venido el escribano. Bolívar le dicta su testamento y su última proclama en que se despide para siempre y perdona a sus enemigos. Por la noche, el mismo día en que recibe la Extremaunción, la alcoba se llena de amigos, gente del pueblo, oficiales. El escribano empieza a leerle, en voz alta, para que todos

la oigan, la última proclama. Le tiembla el papel entre las manos, le tiembla la voz entre los labios, le tiembla el alma, y no puede concluir. Un oficial termina la lectura:

"Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

En todos los ojos hay un velo de lágrimas. El Dr. Révérend no ha podido más, y se ha retirado. Bolívar, al oír las últimas palabras, murmura confirmándolas: "¡Sí, a la tumba! Esto es lo que mis compatriotas me han deparado: yo los perdono. Si al menos pudiera llevarme el consuelo de que permanecieran unidos..."

Y, mientras, Bolívar agoniza; vienen esos siete largos días, esas siete largas noches en que todavía le quedan fuerzas a su espíritu para pensar en las desventuras de su gloria. "¿Aré en el mar? ¿Edifiqué en el viento?" Por los caminos recónditos de los montes, por los caminos del viento, como que los sollozos de la gente de San Pedro llegan a lugares remotos. En Tenerife, una mujer, cierta francesita de ojos azules a quien fascinó y enamoró Bolívar la primera vez que pisó tierra colombiana, echa a correr, a navegar, a bajar el río, a ir a Cartagena, a Santa Marta, para besar al fugitivo. Y Manuelita, ahí viene desde Bogotá, y camina por las ciénagas, y se destroza por alcanzar a despedirle. Llegan tarde. Ya velan el cadáver en la iglesia, y Santa Marta se estremece bajo las alas del bronce. Murió a la una de la tarde, el 17 de diciembre de 1830. Tenía 47 años de edad. Aquel día era el undécimo aniversario de la fundación de su república.

Pasan 20, 30, 50 años, y en América reina la anarquía. Chocan los partidos en pavorosas guerras civiles, y dictadores sanguinarios pretenden imponer el orden ahogando la voz de los hombres libres. La anarquía que Bolívar vio desde aquel día en que escribió la carta de Jamaica, es el hecho universal en América. Parecen cumplirse al pie de la letra sus palabras de entonces:

"Los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por el efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad, de la igualdad. Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de la república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshangan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto..."

Trascurren 50 años más. Después de esa inevitable etapa de anarquía, los pueblos de América empiezan a equilibrarse dentro de las fórmulas de libertad y justicia que apenas anteveían los visionarios del tiempo de Bolívar. Y ahora parecen como una revelación de nuestro tiempo las palabras mágicas que el Libertador sudamericano dirigió a sus tropas en Junín: "¡Soldados! La Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!"

*Para conocer la política imperialista
de los EE. UU. al iniciar su tercer siglo de vida,
hay que leer este discurso:*

UNA NUEVA ESTRUCTURA INTERNACIONAL EN FORMACION

HENRY A. KISSINGER

DECLARACION DEL DR. HENRY A. KISSINGER
SECRETARIO DE ESTADO ANTE EL COMITE DE
RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO DE LOS
E.U.A. EN AUDIENCIAS DEL BICENTENARIO.

16 de marzo de 1976.

Sr. Presidente, Miembros del Comité:

No podía haber un mejor momento para la "discusión pública, desapasionada y de auto-examen nacional" en política exterior que el elegido por usted, Sr. Presidente, para estas audiencias.

El momento es propicio, no de un modo primordial debido a que ocurra el hecho numérico de que sea nuestro 200 aniversario, o por el hito político de la campaña para la elección presidencial, sino debido a la nueva era en la que hemos ingresado en los asuntos internacionales. Es un momento para hacer inventario del historial de nuestro país y considerar nuestro curso futuro, para reflexionar acerca de las transformaciones del orden internacional que podemos percibir desde esta atalaya —algunas ya completadas y otras todavía en curso de ello— que han alterado muchas de las circunstancias bajo las que se conduce la política exterior de los Estados Unidos.

Hoy deseo enfocar las cosas respecto a lo que hay por delante de nosotros: los asuntos internacionales que enfrentarán el pueblo estadounidense, el Presidente y el Congreso, con independencia de los partidos, al ingresar en nuestro tercer siglo. Tenemos que recordar, en medio de todos nuestros debates, que esta nación tiene intereses y preocupaciones permanentes en el mundo que tienen que ser preservados durante, y más allá, de este año electoral. Esta nación enfrenta en el mundo condiciones objetivas que no son el resultado de maquinaciones de personalidades ni tampoco suelen ser producto de nuestras decisiones nacionales. Son realidades que aportan el flujo y reflujo de la historia. Los asuntos que plantean tienen que enfrentarse con seriedad, comprensión y objetividad si, como nación, quere-

mos seguir siendo quienes dominemos los acontecimientos y los dueños de nuestro propio destino.

Como ha dicho el presidente Ford: "Los Estados Unidos han desempeñado un papel único en el mundo desde el día de nuestra independencia hace 200 años. E, incluso, desde el término de la Segunda Guerra Mundial hemos soportado con éxito una pesada responsabilidad en cuanto a asegurar un orden mundial estable y la confianza en el progreso humano". Esta responsabilidad prosigue —no sólo como tarea que nos hemos echado a costas, por cuenta de otros o en cumplimiento de nuestros ideales, sino como una responsabilidad para con nosotros mismos— para crear un ambiente mundial en el que los Estados Unidos y sus valores puedan prosperar.

Sr. Presidente, en política exterior nos mantenemos en la tierra firme del poderío de los Estados Unidos y en la de sus claros propósitos. Enfrentemos el futuro con confianza. Hemos hecho progresos considerables en el reforzamiento de la asociación con nuestros aliados, en cuanto a manejar los asuntos globales de la paz y la seguridad e iniciar una nueva era de cooperación en los problemas globales de la interdependencia. Es elevado el potencial para nuevos progresos.

Pero ahora el mundo observa, inquieto, a ver si los Estados Unidos deciden actuar con base en este progreso. Se pregunta si los Estados Unidos utilizarán su fuerza para responder a los desafíos de hoy en día. Uno de los factores principales de inseguridad en el mundo actual es la preocupación acerca de la voluntad y la constancia de los Estados Unidos. Estas dudas no son motivadas por declaraciones hechas al calor de una campaña política sino, más bien, por una década de convulsiones que han culminado con un cuestionamiento serio de la dirección básica de la política exterior de los Estados Unidos. Estas dudas tienen que disiparse. Estoy convencido de que se disiparán no por medio de declaraciones públicas, sino por demostraciones de los propósitos de la política nacional, del vigor de la economía estadounidense y de la unidad renovada del pueblo de los Estados Unidos, de la que depende todo lo demás. Atravesamos por un período de ajuste y reapreciación y tenemos que trabajar, todos juntos, para ser más fuertes cuando dicho período se haya completado.

El pueblo estadounidense, y el Congreso como órgano de sus representantes electos, tiene que desempeñar un papel central en la empresa de la reafirmación nacional. Su contribución es esencial, tanto desde el punto de vista constitucional en la elaboración de la política exterior, como respecto a la necesidad práctica de la implementación de cualquier curso de acción a largo plazo. Según ha señalado el Senador Case: "El Congreso tiene un papel importante en cuanto a auxiliar a los votantes a comprender los motivos de sus preocupaciones y guiar al poder Ejecutivo en la conducción de la política exterior. No se puede esperar llevar a cabo una política externa en una democracia como la nuestra si ésta no tiene firmes raíces internas".

Estas audiencias han proporcionado ya una mayor profundización del público estadounidense en su percepción de la política exterior, cosa que consideramos de extrema utilidad.

El Ambiente Internacional

A través de la mayor parte de nuestra historia, Sr. Presidente, la paz y la seguridad nos han sido dadas en forma gratuita. El desarrollo con éxito de nuestra sociedad democrática, en lo interno, y la ausencia de amenazas directas del exterior, alimentaron nuestro sentido de singularidad y la creencia de que era cuestión de nuestra propia decisión el hecho de que participáramos o no en los asuntos del mundo y el momento en que lo hiciéramos. Entrábamos en las guerras tan sólo cuando nos amenazaba un peligro avasallador. Identificábamos la actuación en asuntos extranjeros con una mera interrupción temporal de nuestra tranquilidad interna. Sin embargo, una vez excitados, éramos implacables, luchábamos "la guerra que acabaría con todas las guerras" o "hasta la rendición incondicional".

Teníamos margen para el error. Nuestra historia con excepción de la Guerra Civil, no tenía tragedias y nuestros recursos y buena fortuna nos impidieron sentir los límites externos que tanto han matizado las experiencias de casi todas las otras naciones. Nuestros éxitos parecían enseñarnos que cualquier problema podía ser resuelto —de una vez por todas— mediante un firme esfuerzo. Los procedimientos en que todas las otras naciones se han basado para asegurar su supervivencia en un ambiente hostil o ambiguo —sutileza, maniobra, imaginación, consistencia— eran desechados en los Estados Unidos por considerarse como cínicos o inmorales. El equilibrio de poder, que mantuvo la paz durante largos períodos en la turbulenta historia de Europa, fue considerado, en este país, como una preocupación por el poderío a expensas de los principios morales.

Incluso durante los primeros 25 años siguientes a la Segunda Guerra Mundial —una era de gran creatividad y de participación sin precedentes de los Estados Unidos en los asuntos externos— actuamos como si la seguridad mundial y el desarrollo económico pudieran afirmarse de un modo decisivo al comprometer recursos, conocimientos prácticos y esfuerzos estadounidenses. Fuimos alentados —incluso empujados— a actuar de esa manera por nuestro predominio sin precedentes en un mundo sacudido por la guerra y por el colapso de los grandes imperios coloniales.

Al mismo tiempo la preocupación básica por los valores morales nos hizo en extremo sensibles a la pureza de los medios, cuando disponíamos de un poder avasallador y contábamos con una sobreabundancia de op-

ciones. Nuestra certeza en lo moral hacía que los compromisos fueran difíciles; nuestra preponderancia, frecuente, hacía que parecieran innecesarios.

En la actualidad, el poder adopta muchas formas y las circunstancias son más complejas. En lo que respecta al poder militar, pese a que todavía tenemos una fuerza masiva, ya no gozamos de una supremacía nuclear significativa. En términos económicos seguimos siendo la economía más productiva del mundo pero tenemos, ahora, que compartir el liderazgo con Europa occidental, Canadá y Japón; tenemos que tratar con nuevas naciones ricas y en desarrollo; y tenemos también que tomar nuevas decisiones en relación con los países comunistas. Nuestra influencia moral, nuestros principios democráticos son todavía valorados por millones de personas en todo el mundo, más de los que pensamos, pero tenemos que competir con ideologías que afirman objetivos progresistas, pero que se buscan a través de métodos opresivos.

Todos los estadounidenses tienen el derecho a estar orgullosos de lo que esta nación ha logrado en los últimos 30 años de liderazgo mundial. Hemos ayudado a los europeos y a los japoneses a su recuperación; hemos formado alianzas indispensables; hemos establecido un sistema económico internacional y hemos sostenido la paz y el progreso globales durante una generación.

Sin embargo tenemos grandes cosas que hacer que requieren de nuestra unidad, dedicación y vigor, ya que vivimos, y nuestros hijos vivirán, en tiempos más complejos:

* Primero, enfrentamos la necesidad de extraer nuevas fuerzas y vitalidad de nuestros aliados y amigos para intensificar nuestra asociación con ellos, ya que se han convertido otra vez en centros importantes de poder e iniciativa. Este es un éxito perdurable de nuestra política exterior. Y en la actualidad nuestra unidad con las grandes democracias industrializadas es fundamental para todo lo que queremos lograr en el mundo. Somos nosotros los que sostenemos el equilibrio global de poder que preserva la paz. Y es nuestro dinamismo económico sin par el que constituye una mejor esperanza para llegar a un mundo de prosperidad creciente. Ante todo, nuestra unidad moral y la fidelidad a los valores de la democracia son cruciales para el cumplimiento de nuestros propios sueños, así como para el uso creador de las energías del hombre para resolver los problemas del futuro. En un mundo complejo —de equilibrio y coexistencia, de competencia e interdependencia— son nuestros ideales los que dan sentido a nuestras empresas.

* Segundo, enfrentamos los antiguos desafíos de conservar la paz, pero en la dimensión sin precedente de una era de armas termonucleares. La Unión Soviética, tras 60 años de desarrollo económico e industrial —inevitable— ha alcanzado el nivel de una superpotencia. Como resultado de ello tenemos que llevar a cabo una política doble. Nosotros, y nuestros aliados, tenemos que frenar el poderío soviético e impedir que, dado el caso, perturben la estabilidad global. Al mismo tiempo nuestra generación enfrenta el desafío, a largo plazo, de lograr que las relaciones entre los Estados

Unidos y la Unión Soviética tengan una base más segura, constructiva y permanente.

* Tenemos, además, que proseguir los progresos que hemos logrado al crear nuevas relaciones con la República Popular de China. Consideramos la apertura hacia la República Popular de China como uno de los elementos clave de nuestra política exterior.

* Más allá de esto, la seguridad global ofrece otras necesidades permanentes. La de moderar y resolver los conflictos regionales que amenazan la estabilidad económica y política global. Y hay también el desafío urgente, y creciente, de impedir la proliferación de las armas nucleares que aumentan en gran medida los riesgos del holocausto nuclear.

* El tercer desafío básico es construir una comunidad mundial más amplia a partir del ambiente turbulento que ofrecen las casi 150 naciones independientes de la actualidad. Dos guerras mundiales en este siglo y el proceso de descolonización han roto el orden internacional de siglos anteriores. Por primera vez en la historia la comunidad internacional se ha vuelto global. Las nuevas naciones hacen insistentes demandas al sistema global, probando su nuevo poder económico, buscando desempeñar un papel más importante y obtener una parte más equitativa de la prosperidad mundial. Impulsados por la realidad de nuestra interdependencia global tiene que elaborarse una nueva estructura de relaciones para cooperar en beneficio mutuo.

* Nuestra amistad con las naciones de América Latina, Asia y África, sobre las bases de respeto mutuo y cooperación práctica, adquiere una nueva importancia al considerarla como ladrillos para edificar una comunidad mundial. Tenemos que reconocer que ningún orden mundial será estable en el último cuarto de este siglo a menos que todos sus integrantes consideren que tienen una participación en él y que ésta es legítima y justa.

Estos son los desafíos básicos que enfrenta esta nación en el momento en que ingresamos en nuestro tercer siglo.

En un mundo tal, Sr. Presidente, este país no puede seguir eligiendo si participa o no en los asuntos mundiales. En un planeta que se encoge no hay lugar donde esconderse. No hay respuestas sencillas. Esta nación no puede permitirse oscilar sin cesar entre la renuncia y la confrontación; tenemos que perseguir un curso de acción a largo plazo. Aun cuando somos más fuertes que cualquier otro no podemos actuar, primariamente, arrojando la fuerza de nuestro peso a cada momento. Una paz duradera no puede lograrse sin un consenso internacional. Tenemos que aprender a conducir la política exterior como lo han tenido que hacer otras naciones durante muchos siglos, sin escapatorio ni respiro. Tenemos que aprender qué es la paciencia, la precisión, la perspectiva: sabiendo que lo factible es menor que lo ideal, teniendo en mente las necesidades de la autopreservación, derivando de nuestra convicción moral la valentía para perseverar. Los Estados Unidos

se hallan, por primera vez en su historia, permanente e irrevocablemente involucrados en los asuntos internacionales.

El mundo necesita, en forma desesperada, de nuestra fuerza y de nuestro propósito. Sin el poderío de los Estados Unidos no puede haber seguridad; sin convicciones estadounidenses no puede haber progreso.

Los estadounidenses siempre han considerado los desafíos como una prueba, no como un obstáculo. Tenemos grandes oportunidades de realizar una diplomacia creadora, para dar forma, a partir de esta turbulencia y complejidad, a una comunidad mundial con mayor estabilidad y mayores esperanzas. Nosotros, más que cualquier otro país, estamos en una posición de determinar la evolución del orden mundial o tener un efecto decisivo sobre esta determinación.

Hace 40 años las fuerzas de la democracia enfrentaban una gran amenaza, los Estados Unidos estaban listos para entrar al rescate de Europa. Ahora no hay nadie que esté listo a entrar a nuestro rescate.

Permítaseme que tratemos con mayor amplitud algunos de los desafíos; a largo plazo, que enfrentamos.

La Unidad de las Democracias Industrializadas

La trabe fundamental de nuestra política exterior es —como lo ha sido durante una generación— la asociación con nuestros aliados principales en la Comunidad Atlántica y el Japón. Estas asociaciones se iniciaron hace tres décadas como un medio de seguridad colectiva ante la agresión, y de cooperación para la recuperación económica tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial. En el período subsecuente nuestras alianzas constituyeron el baluarte del equilibrio global del poder. Nuestra cooperación con las grandes democracias industrializadas ha sido el puntal del sistema económico mundial que ha mantenido la prosperidad global y la ha difundido a los rincones más apartados de la Tierra.

Raras veces en la historia las alianzas han sobrevivido como lo han hecho las nuestras, y hasta florecido, a través de tantos grandes cambios en el panorama internacional. En los últimos años nosotros y nuestros aliados no sólo hemos continuado reforzando nuestras defensas sino que hemos ampliado con éxito nuestra colaboración, dando nuevas dimensiones a esfuerzos comunes: mejores consultas políticas, coordinación de nuestros puntos de vista al negociar con los países comunistas, desarrollo de una política y una estrategia comunes en cuestiones de energéticos, reforzar nuestras respectivas políticas económicas para la recuperación de la recesión, cooperar en cuestiones del ambiente y elaborar enfoques comunes para el diálogo con los países en desarrollo.

Todos estos esfuerzos por construir la paz y fomentar el progreso reflejan nuestra creencia común en la libertad y nuestra esperanza también común de un mejor futuro para toda la humanidad. Estos son valores permanentes de esta nación y, en consecuencia, nuestras alianzas y amistades que están basados en ellos, y destinadas a reforzarlos, son intereses permanentes de los Estados Unidos.

Nuestra cohesión tiene más que un mero significado técnico. Aun cuando la política exterior no puede concebirse sin pragmatismo, el pragmatismo sin un propósito moral es como un barco sin timón.

Nuestros lazos con las grandes democracias son, por lo tanto, no una alianza de conveniencia sino una unión de principios en defensa de los valores democráticos y de nuestros sistemas de vida. Son nuestros ideales los que inspiran no sólo la autodefensa sino todo lo demás que hacemos. Y la elasticidad de nuestros países en cuanto a responder a todos los modernos desafíos es un testimonio del espíritu y de la fuerza moral en que se basan nuestros pueblos libres.

A medida que observamos el futuro vemos que no hay mayor prioridad en nuestra política exterior que sostener la vitalidad de la democracia y la unidad de las democracias. El mundo se volverá más, no menos, complejo; nuestro poder aumentará más, no menos; entrelazados con otros, nuestros valores serán más, no menos, desafiados. En un mundo tal la solidaridad de nuestras relaciones con quienes comparten nuestro legado, nuestro modo de vida, nuestros ideales, adquiere más, no menos, importancia, para el futuro que alcanzamos a contemplar.

Nuestras responsabilidades son, primero, nuestra defensa común. La solidez de nuestra colaboración en cuestiones de defensa es mayor ahora que en cualquier otro momento en la pasada década. Tenemos que mantenerla debido a que ha sido la estabilidad del equilibrio militar lo que ha aportado esperanza de aliviar las tensiones en Europa y Asia.

En la actualidad la responsabilidad de la defensa del Atlántico del Norte es más compartida. El Presidente Ford ha tomado la iniciativa en cuestiones tales como la normalización mejorada del equipo y una estructuración más efectiva de la fuerza. Pero los Estados Unidos tienen que permanecer conscientes de sus propias responsabilidades especiales en la alianza: sostener el equilibrio estratégico y contribuir con una parte decisiva a mantener el equilibrio convencional en Europa y el Mediterráneo, y de un modo general.

Nuestra seguridad es una condición previa de todo lo demás que hagamos. Bajo esta base enfrentaremos, en el período por venir, una amplia gama de tareas más allá de la empresa de la defensa colectiva.

Proseguiremos el intento de reforzar nuestra seguridad y la paz general a través del control de armamentos y la negociación de los conflictos políticos. Esperamos que haya progreso en las conversaciones sobre Reducciones de Fuerza, Mutua y Equilibradas, en Europa. Esperamos que el Acuerdo Cuadripartita de 1971 en Berlín, que acabó con una crisis crónica de más de dos décadas, sea el preludio de una era de seguridad vigorizada en Europa central.

En las próximas décadas la colaboración de las democracias industrializadas puede ser la fuerza dinámica en la edificación de un orden internacional más seguro y progresista. Hemos logrado un indicio notable. Se han dado nuevos pasos en los últimos años y se darán otros más para reforzar la unidad europea; esto cuenta con un vigoroso apoyo de los Estados Unidos. Las nuevas instituciones y programas de nuestra estrategia colectiva de energéticos han cumplido su cometido. Hemos discutido y desarrollado enfoques comunes para un nuevo diálogo con las naciones en desarrollo. La aprobación de la Ley de Comercio de 1974 permitió a este país entrar en una nueva ronda de negociaciones comerciales con Europa y Japón, para hacer mejoras básicas en el sistema mundial de comercio. Durante los últimos años la Conferencia Económica Cumbre, en

Rambouillet, y la reforma del sistema monetario internacional, en Jamaica, demuestran que el futuro de la cooperación entre las democracias industrializadas puede ser tan productivo como en el pasado.

A este respecto quisiera mencionar un punto importante de negocios ante este Comité: la necesidad de aprobación de nuestra participación en el Fondo de Apoyo Financiero OCED. Este es el mecanismo para contingencias, propuesto por los Estados Unidos, para asegurar un apoyo mutuo entre las naciones industrializadas frente a perturbaciones financieras o presiones por actos del cartel petrolero. A bajo costo, este mecanismo proporcionará una red de seguridad financiera, combatirá el proteccionismo y fomentará nuestra cooperación en la política de energéticos. Es vital para la independencia de las naciones industrializadas. Siete miembros de la OCED lo han ratificado y se espera que el resto lo haga a mediados de este año. Confío en que el Congreso pronto hará lo mismo para reforzar la solidaridad de las democracias industrializadas.

Es nuestra creencia que en una época en que nuestros valores democráticos están sujetos a desafío en el mundo y en que nuestras sociedades son aporreadas por dificultades económicas en lo interno, la solidaridad y cooperación de las grandes democracias son de crucial importancia para dar ímpetu a todos nuestros esfuerzos. Hemos probado lo que podemos hacer y reivindicado la fe de nuestro pueblo en los valores y el futuro de nuestras sociedades. Hemos probado que nuestra unidad puede ser hoy en día una fuerza tan dinámica para construir un nuevo orden internacional como lo era hace 30 años.

La nueva solidaridad que estamos construyendo puede obtener su inspiración de nuestras esperanzas e ideales, más que meramente de nuestros peligros comunes. Una Europa, Japón y Estados Unidos en auge, no sólo serían seguros y prósperos sino un magneto para los países comunistas y el mundo en desarrollo. Y así podríamos ingresar en el último cuarto de este siglo con la confianza de que somos los dueños de nuestro propio destino, y hacer una contribución decisiva al destino del mundo.

Paz y Equilibrio

De los desafíos que enfrentan las democracias ninguna es más fundamental que las cuestiones de la paz y la guerra. Estas cuestiones —la tradicional agencia de la política externa— adquieren en esta época una dimensión sin precedentes.

Hay tres aspectos principales en el problema de la paz:

- * la relación con las potencias comunistas;
- * el esfuerzo por resolver pacíficamente los conflictos regionales y las disputas;
- * y el peligro creciente de la proliferación de las armas nucleares.

Vivimos en un mundo en el que este país tiene que tratar con otros de, aproximadamente, igual poder. Este no es un mundo habitual para los estadounidenses modernos. Sin embargo, es el tipo de mundo en el que

viviremos durante el resto del siglo y más allá, no importa lo que hagamos en el terreno militar.

Hace 30 años los Estados Unidos fueron la única entre todas las principales potencias del mundo que emergió de la Segunda Guerra Mundial con una economía y una sociedad no dañada por la guerra. Gozamos de una tremenda preponderancia en poderío económico y de un monopolio de las armas nucleares. Este gran poderío físico dio impulso a la voluntad del pueblo estadounidense de aceptar la responsabilidad de dar forma a un nuevo orden internacional de posguerra. La creatividad y generosidad que esta nación desplegó en dicho período son un tributo permanente al espíritu estadounidense.

Hoy en día, debido a la recuperación inevitable y al desarrollo de nuestros aliados —y nuestros adversarios— los Estados Unidos se encuentran en un mundo de tipos relativos de equilibrio. En poder militar estratégico el mundo todavía es bipolar. El poder económico está más ampliamente disperso entre muchas naciones importantes, incluso las más ricas de las naciones en desarrollo. En la influencia moral e ideológica contienden muchas naciones y filosofías. La tarea de consolidar la paz se presenta, por lo tanto, en esta época, como un problema mucho más complejo que nunca antes, tanto en lo práctico como en lo moral.

Con nuestros aliados hemos aprendido a compartir las responsabilidades y el liderazgo, y esto ha reforzado nuestra colaboración en todas las dimensiones de las empresas en común. Pero con nuestros adversarios enfrentamos el imperativo de la coexistencia en una época de armas termonucleares y de paridad estratégica. Tenemos que defender nuestros intereses, nuestros principios y a nuestros aliados, mientras nos aseguramos, en todo momento, de que el conflicto internacional no degenera en un cataclismo. Tenemos que resistir el expansionismo y las presiones, pero tenemos, sobre esta base, que buscar crear hábitos de moderación que a largo plazo conduzcan a una reducción de tensiones que sea digna de confianza.

En consecuencia este gobierno ha actuado con energía y propósito durante varios años, y en concierto con nuestros aliados, para consolidar y transformar nuestras relaciones con las principales potencias comunistas, y lograr con ello una nueva era y un futuro a largo plazo.

Hemos establecido una nueva, perdurable y esperanzadora relación con la República Popular de China, una nación que comprende a cerca de la cuarta parte de la humanidad. Esta nueva relación ha hecho una importante contribución a la paz en Asia y en el mundo. El Presidente Ford está comprometido a proseguir el proceso de normalización de nuestras relaciones de acuerdo con los principios del Comunicado de Shanghai.

Y este país, en los últimos años, ha iniciado relaciones positivas con los países de Europa oriental. Dos presidentes estadounidenses han visitado Polonia, Yugoslavia y Rumania, para demostrar que, según nuestro punto de vista, la seguridad europea y el relajamiento de tensiones se aplica tanto a la Europa occidental como a la oriental. Este sigue siendo, y tendrá que seguir siendo, el principio básico de la política estadounidense.

En esta época en que dos naciones tienen el poder de provocar la destrucción total de todo el planeta en

cuestión de horas, no puede existir mayor imperativo que asegurar una relación racional y permanente entre las dos grandes superpotencias. Este es un desafío sin precedentes. Históricamente un conflicto de ideologías y de intereses geopolíticos como el que en la actualidad caracteriza a la escena internacional ha conducido, casi en forma invariable, a la guerra. Pero en la era de la igualdad estratégica la humanidad no podría sobrevivir a una repetición de la historia. La guerra significaría el suicidio mutuo.

Por lo tanto, con respecto a la Unión Soviética los Estados Unidos enfrentan la necesidad de una política doble. Tenemos que preservar la estabilidad pero no depender de ella. Tenemos que resistir con firmeza y disuadir el aventurismo. Pero, al mismo tiempo, tenemos que mantener abierta la posibilidad de unas relaciones más constructivas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética resolviendo las disputas políticas mediante negociación, como en Berlín, elaborando acuerdos estables para limitar las armas estratégicas por ambas partes, como los acuerdos de las SALT I y en el acuerdo de Vladivostok; y —cuando las condiciones políticas lo permitan— desarrollar nuestra cooperación bilateral en el campo económico y en otros para dar a ambas partes un interés válido en proseguir y ampliar las relaciones políticas.

Tenemos una obligación con la humanidad de trabajar en favor de un mundo más seguro. Tenemos una obligación con el pueblo estadounidense de asegurar que si una crisis se nos impone no sea el resultado de cualquier falta de visión de los Estados Unidos.

Enfrentamos un problema a largo plazo y tenemos que elaborar y sostener una política a largo plazo. Un equilibrio de poder es indispensable para cualquier esperanza de paz. Pero un equilibrio de poder, que se pone en entredicho de un modo consistente, es una base demasiado precaria para un futuro a largo plazo. Por lo tanto este país, en su tercer siglo, tiene que evitar las tentaciones gemelas de la provocación y del escapismo. Tiene que mantener un curso firme y seguro; una política que respete nuestros adversarios, que apoyen nuestros aliados y en la que crea nuestro pueblo, y la respalde.

Bajo el nombre que queramos darle, la relación Estados Unidos-Unión Soviética tiene que basarse en ciertos principios fundamentales que este país ha afirmado en forma consistente durante los últimos 7 años:

* Primero, mantendremos nuestra fuerza militar.

Los Estados Unidos tienen que sostener un equilibrio de poder a través de una fuerte defensa nacional y aliada. Los Estados Unidos harán lo necesario para mantener el equilibrio en todas las categorías significativas de fuerza militar incluyendo tanto fuerzas convencionales como estratégicas.

* Segundo, este país está listo para negociar soluciones para los problemas políticos. El acuerdo de 1971 sobre Berlín es un ejemplo. Y ambas superpotencias comparten una responsabilidad básica en cuanto a asegurar que el mundo no sufrirá el holocausto de una guerra nuclear. La limitación de armas estratégicas es, por lo tanto, un interés permanente, mutuo y fundamental. En 1974 el Presidente Ford, en Vladivostok, llegó a un entendimiento básico respecto al esbozo de un acuerdo global que estableciera un tope igual para las fuerzas estratégicas de ambas partes durante un perio-

do de 10 años. Los puntos que faltan para completar este acuerdo pueden resolverse. Un acuerdo sobre las bases de estricta reciprocidad puede alcanzarse.

* Ambas partes tienen intereses vitales, pero un interés dominante: el de evitar un conflicto de importancia. Por lo tanto, la paz a largo plazo sólo puede basarse en la práctica y el hábito de la **moderación**. La explotación de crisis locales para obtener ganancias unilaterales no es aceptable. Esta nación no buscará confrontaciones a la ligera, pero estamos determinados a defender la paz mediante una resistencia sistemática a las presiones y a las acciones irresponsables. El desarrollo del poderío económico y militar soviético no podía ser impedido; lo que podemos impedir es el empleo de este poder para trastornar el equilibrio global. Sin la moderación no existe una posibilidad significativa de reducción de tensiones.

* Si preservamos la seguridad bajo estas bases hay oportunidades de que la diplomacia creativa comprometa más firmemente a la Unión Soviética a una participación constructiva en el sistema internacional. Estamos preparados a ofrecer perspectivas de una creciente **cooperación bilateral** en los campos económico, técnico y otros, para dar a ambas partes una participación creciente en las relaciones políticas positivas. A largo plazo, haremos, dentro de nuestra capacidad, que la coexistencia sea más duradera y se convierta en cooperación.

Esta es la agenda amplia para el futuro de las relaciones Estados Unidos-Unión Soviética. De una forma más específica se puede enunciar:

* No podemos impedir el crecimiento del poderío soviético, pero podemos evitar su uso para lograr ventajas unilaterales y expansión política.

* Tenemos que aceptar la realidad de que los estados soberanos, en especial aquellos con aproximadamente el mismo poderío, no pueden imponer condiciones inaceptables el uno al otro y, en definitiva, y de un modo inevitable, tiene que proceder por medio de concesiones mutuas.

* Los Estados Unidos nunca estarán en favor de la violación de un tratado solemne o de un acuerdo.

* No podemos tolerar una desviación en el equilibrio estratégico en contra nuestra, ya sea por acuerdos no satisfactorios, violación de acuerdos o por negligencia en nuestras necesidades de defensa.

* Estamos decididos a proseguir los esfuerzos para negociar un equilibrio de poder más sano y seguro sobre términos equitativos, porque ello representa nuestro interés y el interés de la paz mundial.

Cualquier gobierno consciente de los requerimientos a largo plazo de la paz se encontrará con que tiene que poner en efecto el mismo enfoque doble de firmeza ante la presión y presteza en cuanto a trabajar en favor de un mundo con mayor colaboración. Desde luego las diferencias son inevitables respecto a la aplicación práctica de estos principios. Pero, como dijo el Presidente Kennedy: "En un análisis definitivo nuestro vínculo más común es que todos habitamos este pequeño planeta. Respiramos el mismo aire. Todos apreciamos el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales."

Aun cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética han dado pasos importantes hacia la reglamentación de su competencia, **el problema de los conflictos locales** subsiste y hasta cierto punto aumenta. El mundo empieza a dar por sentada la invulnerabilidad de la estabilidad global ante las perturbaciones locales. El mundo ha permitido que demasiadas de las causas subyacentes en los conflictos regionales sigan sin atenderse, hasta que las partes llegaron a creer que el único recurso era la guerra. Y como todas las crisis, en definitiva, se han contenido, el mundo sigue complaciente. No podemos olvidar la lección ominosa de 1914. La tolerancia de los conflictos locales es una tentación al holocausto. No tenemos garantía respecto a que alguna crisis local no explote en forma incontrolable. Tenemos una responsabilidad en cuanto a impedir tales crisis.

Esta tiene que ser una preocupación permanente de los estadistas que estén interesados en la preservación de la paz, en las próximas décadas. En la era moderna, la comunicación global ha hecho que nuestro planeta se encoja y ha creado una conciencia global. Las naciones y los pueblos son cada día más sensibles a los acontecimientos y a los asuntos de otras partes del mundo. Nuestro principio moral amplía nuestra preocupación por la suerte de nuestros semejantes. Los conflictos ideológicos no respetan fronteras e incluso ponen en entredicho la legitimidad de las estructuras internas.

No podemos confiar en que la estabilidad prosiga en forma indefinida a menos que hagamos esfuerzos firmes por moderar y resolver en forma pacífica los conflictos políticos locales.

Los Estados Unidos no son la policía del mundo. Pero hemos aprendido de experiencias amargas —como la de 1973— que los conflictos pueden surgir, ampliarse y afectar directamente los intereses y el bienestar de este país. El ayudar a resolver disputas constituye una larga tradición estadounidense, en interés nuestro y del mundo.

En ninguna parte es de mayor urgencia que en el Cercano Oriente. Los acuerdos negociados entre las partes, en los años recientes, de acuerdo con las Resoluciones 242 y 338, son pasos sin precedente hacia una paz definitiva. Estos esfuerzos tienen que continuar, y continuarán. Ambas partes tienen que contribuir al proceso; los Estados Unidos siguen comprometidos a ayudar. Existen elementos para un mayor progreso hacia la paz. La paralización entraña un grave riesgo de nuevas sacudidas, que no beneficiarían a ninguna parte, y que constituyen graves implicaciones para la paz y el bienestar económico del mundo.

La proliferación de la tecnología de las armas nucleares puede añadir una dimensión más ominosa a un mundo en el que persisten los conflictos políticos regionales. Los peligros, desde hace tanto predichos, se hallan muy cercanos. Como dije en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre de 1974: "El mundo se ha acostumbrado tanto a la existencia de armas nucleares que supone que nunca serán utilizadas... En un mundo en que muchas naciones posean armas nucleares los peligros se multiplicarán en forma exponencial. Sería infinitamente más difícil, si no es que imposible, mantener la estabilidad ante un gran número de potencias nucleares. Las guerras locales adquirirían una nue-

va dimensión. Las armas nucleares serían introducidas en regiones donde el conflicto político sigue siendo intenso y las partes consideran que sus intereses vitales están avasalladoramente involucrados. Habría, también, un riesgo altamente acrecentado de participación directa de las principales potencias nucleares”.

Por lo tanto frenar la proliferación es un desafío importante a la política exterior de este gobierno, como lo ha sido de todos los gobiernos anteriores desde los inicios de la era nuclear. Como les expliqué a sus colegas del Comité Senatorial de Operaciones del Gobierno, hace justo una semana, hemos intensificado nuestros esfuerzos en los organismos internacionales, con otras naciones que son las principales exportadoras de materiales nucleares, con posibles potencias nucleares y en el Congreso para asegurar que los beneficios de la energía nuclear pacífica puedan difundirse con amplitud sin difundir, al mismo tiempo, los peligros de un holocausto. Es un desafío para los estadistas ver más allá de las ganancias económicas inmediatas de una competencia irrestricta de exportaciones de materiales nucleares y actuar para frenar un peligro siempre creciente.

Dar Forma a una Comunidad Mundial

Las sacudidas del siglo XX nos ha legado otra tarea fundamental: adaptar la estructura internacional a las nuevas realidades de nuestro tiempo. Tenemos que elaborar relaciones constructivas, a largo plazo, entre las naciones industrializadas y las naciones en desarrollo, ricos y pobres, norte y sur; tenemos que adaptar y re-vigorizar nuestras amistades en América Latina, Asia y África, tomando en cuenta su nuevo papel e importancia en la escena mundial; y junto con todas las naciones tenemos que enfrentarnos a los nuevos problemas de un mundo interdependiente, con soluciones que sólo pueden ser las de la cooperación multilateral.

Un punto central de la política exterior durante la próxima generación será la relación entre las naciones industrializadas y las naciones en desarrollo. La descolonización y la expansión de la economía mundial han dado origen a nuevos países y a nuevos centros de poder e iniciativa. El ambiente mundial de las próximas décadas puede estar sembrado de inestabilidad política, confrontación ideológica y guerra económica... o puede ser el de una comunidad regida por la colaboración internacional a una escala sin precedentes. La interdependencia de las naciones —la indivisibilidad de nuestra seguridad y nuestra prosperidad— pueden acelerar nuestro progreso común o nuestra común declinación.

Por lo tanto, así como tenemos que ir más allá de mantener el equilibrio si vamos a asegurar la paz, así también tenemos que trascender las pruebas de fuerza en las relaciones norte-sur y tratar de construir una verdadera comunidad mundial. En los foros internacionales, los Estados Unidos resistirán las tácticas de presión, la moralidad en una sola dirección y los asaltos propangandísticos a nuestra dignidad y al sentido común. Defendremos nuestros intereses y creencias sin disculparnos. Resistiremos los intentos de chantaje o extorsión.

Sabemos que el orden mundial depende en definitiva de nuestros esfuerzos de colaboración y de las solucio-

nes concretas en los problemas en nuestras relaciones. El precio y el abasto de energéticos, las condiciones del comercio, la ampliación de la producción mundial de alimentos, las bases tecnológicas para el desarrollo económico, la protección del ambiente mundial, las reglas legales que rijan a los océanos y al espacio exterior: estas son cuestiones que afectan a todas las naciones y pueden enfrentarse en forma satisfactoria sólo bajo la base del respeto mutuo y en un marco de colaboración internacional. Esta es la agenda del mundo interdependiente.

Tenemos muchos motivos para sentir confianza. Es el Occidente —y en forma abrumadora este país— el que tiene los recursos, la tecnología, las habilidades, la capacidad de organización y la buena voluntad que son la clave del éxito en estos esfuerzos internacionales. En el diálogo global entre los mundos industrial y en desarrollo, las naciones comunistas destacan por su ausencia y, por cierto, por su irrelevancia.

Por lo tanto hemos iniciado el diálogo con los países en desarrollo. En la Conferencia Mundial de la Alimentación en 1974, que se convocó a iniciativa nuestra, y en el Séptimo Período Especial de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre pasado, así como en la Conferencia de Cooperación Económica que ahora se celebra en París, los Estados Unidos han adoptado el papel de liderazgo. Lo hemos adoptado con una vigorosa contribución del Congreso y con el espíritu de los más altos ideales del pueblo estadounidense. Esto debe continuar.

Los Estados Unidos han presentado una amplia gama de proposiciones para la cooperación práctica que pueden dar forma a una relación económica constructiva a largo plazo entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo, para salvaguardar las ganancias de exportación contra los ciclos económicos y los desastres naturales, para acelerar el crecimiento de la producción agrícola, para asegurar las condiciones de comercio e inversión en los artículos clave y para enfrentar las necesidades urgentes de los países más pobres. En cada sector de intereses hemos propuesto métodos de cooperación entre todos los países, incluyendo a los otros países industriales, a los recién enriquecidos productores de petróleo y a los países en desarrollo. Muchas de nuestras proposiciones de septiembre pasado han sido puestas en efecto. Se puede hacer más. Si se nos aborda con un espíritu constructivo, responderemos. Hay una agenda llena ante nosotros: poner en vigor las proposiciones que ya se han hecho e ir más allá.

Los Estados Unidos tienen amistades desde hace mucho, sobre bases bilaterales, con naciones de América Latina, Asia y África, amistades que tratamos de adaptar, mejorar y ampliar.

América Latina, la cual visité hace poco, es para los Estados Unidos una región a la que nos unen lazos e intereses especiales. Es también un continente en proceso de transición. Las relaciones hemisféricas —bilaterales, regionales, multilaterales y globales— se hallan en situación fluida. La anterior comunidad de las Américas, unida por la exclusividad, ha cedido el lugar a una relación más abierta que se basa no en convencionalismos sino en el respeto mutuo, los intereses comunes, la cooperación en la resolución de problemas y en un papel más activo en los acontecimientos fuera de la región.

Al mismo tiempo, la importancia de América Latina para los Estados Unidos aumenta sin cesar: como elementos de la economía global, como participantes en los foros políticos del mundo y en su nuevo papel como los países más desarrollados del mundo en desarrollo. Los Estados Unidos tienen que adaptarse a estas realidades cambiantes y han empezado a hacerlo. Igualmente, sostenemos nuestra convicción de que las Américas no deben rechazar sino construir sobre el legado precioso de nuestra tradición de cooperación. Esta es la fórmula para nuestro progreso futuro. Los grandes temas de la interdependencia global están frente a nosotros; con esta ventaja especial y sobre las bases de respeto e igualdad soberana podemos cooperar en este Hemisferio para encontrar soluciones de beneficio mutuo. Si tenemos éxito nuestra colaboración puede ser un modelo para esa más amplia comunidad mundial que buscamos.

Nuestras relaciones con Asia son también críticas, ya que en Asia se intersectan los intereses de todas las principales potencias del mundo. La estabilidad de la región será crucial para la paz mundial en las próximas décadas como lo ha sido en las décadas pasadas. El viaje del presidente Ford a Asia en diciembre pasado ha reafirmado tanto la participación fundamental de los Estados Unidos como iniciado un nuevo capítulo en nuestras relaciones con las naciones de la región. Asentó las premisas del enfoque futuro del país con respecto a Asia:

- * que la fuerza estadounidense es básica para cualquier equilibrio de poder en el Pacífico y, por lo tanto, para la estabilidad global;
- * que la asociación con el Japón es un pilar en la política asiática;
- * que el proceso de normalización de relaciones con la República Popular de China es indispensable. Los lazos de los Estados Unidos con una cuarta parte de la humanidad son, en forma inevitable, de importancia crucial para el mundo del futuro;
- * que tenemos una participación sostenida en la estabilidad y la seguridad en el sureste de Asia, una zona de gran dinamismo y prometedora;
- * que la paz en Asia depende de la resolución de los conflictos políticos todavía existentes, en forma predominante el de la península de Corea;
- * y que la cooperación económica entre los pueblos de la cuenca del Pacífico es esencial para el cumplimiento de las aspiraciones de los pueblos de la región a un futuro mejor.

Y muy pronto visitaré otra zona de gran cambio e importancia: África. La expansión radical de la independencia en África ha tenido un efecto importante en las instituciones mundiales y en el panorama de los asuntos internacionales. La importancia económica de África y sus relaciones económicas con otros continentes están aumentando. Y el interés tradicional de los Estados Unidos por la causa de la independencia, la autodeterminación y la justicia racial, así como la identificación de muchos estadounidenses con su herencia africana, ofrecen una dimensión más profunda a nuestro interés por el futuro de ese continente.

Nuestra política africana en la próxima década estará guiada por los siguientes principios e intereses:

* Deseamos que África logre la prosperidad de su pueblo y que se convierta en un participante destacado en el sistema económico mundial.

* Apoyamos el deseo de las naciones africanas de elegir su propio rumbo en los asuntos internos, regionales y globales; de elegir su propio sistema social y una política externa no alineada.

* Deseamos observar que la autodeterminación, la justicia racial y los derechos humanos se difundan a través de África. Como ha aclarado recientemente de nuevo el Presidente Ford, el régimen de la mayoría en Rodesia y Namibia es compromiso inequívoco de los Estados Unidos.

* Deseamos ver el continente africano libre de la rivalidad de las grandes potencias o de los conflictos. Tenemos nuestro propio interés en contemplar que los conflictos locales no sean explotados o exacerbados por fuerzas externas que intervengan para obtener ventajas unilaterales.

Una gama más amplia de cuestiones que enfrentará este país en los próximos años tiene relación con los retos multilaterales en una era de creciente **interdependencia global**.

Hay muchos asuntos urgentes, y sin precedentes, que pueden ser enfrentados únicamente sobre una base global y cuya resolución estructurará en forma fundamental el futuro de este planeta. Un ejemplo central lo es la Conferencia sobre Derecho Marítimo que reanuda sus labores esta semana en Nueva York. En esta negociación sin precedentes más de 100 naciones buscan redactar las nuevas leyes que regulen el uso de los océanos del mundo. Las implicaciones para la seguridad internacional, para el uso de vastos recursos, para la investigación científica y para la protección del ambiente son muy amplias. Los Estados Unidos proseguirán su labor, junto con otras naciones, para asegurar que los océanos se conviertan en un lugar de cooperación global y de enriquecimiento y no de conflicto global.

También de gran importancia es el uso del espacio exterior, que también nos ofrece el potencial del conflicto al igual que la posibilidad de la cooperación. Tenemos la oportunidad de sustituir la competencia de poderes por una ley internacional, en la etapa formativa de una importante actividad internacional.

La era moderna no sólo nos ha ofrecido los beneficios de la tecnología sino que ha difundido también las plagas del secuestro de aviones, el terrorismo internacional y las nuevas técnicas de la guerra. La comunidad internacional tiene que mantenerse firme y unida ante estas afrentas a la humanidad. Los Estados Unidos han fomentado, y lo seguirán haciendo, el reforzamiento de las organizaciones internacionales y de la ley internacional para tratar estas cuestiones.

La compasión por nuestros semejantes requiere que movilizemos los recursos internacionales para combatir las plagas tradicionales de la enfermedad, el hambre y los desastres naturales. Y la preocupación por los derechos humanos básicos requiere que la comunidad internacional se oponga a las violaciones a la dignidad individual dondequiera y por cualquier motivo que ésta se practiquen. Tiene que desacreditarse y abolirse

la práctica de la tortura. Los derechos humanos tienen que apreciarse y fomentarse sin tomar en cuenta la raza, el sexo, la religión o el credo político.

Tenemos que ampliar las miras y el alcance de las instituciones internacionales para la cooperación. Las Naciones Unidas, organización en la que el pueblo estadounidense ha depositado grandes esperanzas, tiene que ser un mecanismo de colaboración práctica, en lugar de una arena de confrontación retórica, si se quiere que se cumpla la misión de su Carta y de sus responsabilidades para la paz en la era moderna. Los abusos de procedimiento y las resoluciones unilaterales no pueden aceptarse. El valor de esta organización, si se utiliza con propiedad, es todavía considerable: en la preservación de la paz, ajuste de disputas y para fomentar la cooperación para el desarrollo económico, la salud y muchas otras empresas.

Solamente a través de una pauta de cooperación internacional todos estos problemas pueden enfrentarse con éxito. Y sólo con una pauta de paz global puede la inseguridad de las naciones, de la cual emergen tantos conflictos, ser anulada y alentarse los hábitos de compromiso y acomodo. El progreso social, la justicia y los derechos humanos pueden prosperar tan sólo en una atmósfera de estabilidad y de reducción de las tensiones internacionales.

Nuestro Debate Interno

Este es, por lo tanto, el esbozo de nuestra política internacional:

- * fomentar, junto con nuestros aliados, el vigor y los ideales de libertad y democracia en un mundo turbulento;
- * dominar los tradicionales desafíos de la paz y la guerra, mantener el equilibrio de fuerzas, pero ir más allá del equilibrio hacia un futuro más positivo;
- * elaborar una relación, a largo plazo, de beneficio mutuo con los países en desarrollo y convertir todas las cuestiones de la interdependencia en el aglutinante de una nueva comunidad global.

Estos son los desafíos de nuestro tercer siglo.

Desde que esta nación surgió en la lucha, hace 200 años, los estadounidenses nunca han rehusado el desafío. Nunca hemos considerado los problemas a los que nos enfrentamos como una causa de pesimismo y desaliento. Por lo contrario, el espíritu tradicional de los Estados Unidos y su optimismo han hecho que millones de personas en el mundo confíen en que los asuntos complejos de la actualidad serán solucionados. El mundo sabe muy bien que no es posible ninguna solución sin la participación activa y la dedicación de un pueblo estadounidense unido. Describir las faenas complejas y a largo plazo a las que nos enfrentamos es, por lo tanto, la mejor expresión de confianza en los Estados Unidos.

Seguimos siendo la mayor democracia en el mundo; somos el motor de la economía global; hemos sido durante 30 años el baluarte del equilibrio del poder y el faro de la libertad. El poder material, la habilidad de organización y el genio creador de este país nos hacen —como lo hemos sido siempre desde nuestra Revolución— la esperanza de la humanidad.

Lo que enfrentamos hoy día no es una prueba de nuestra fuerza física, que no tiene punto de comparación, sino un desafío cualitativo, algo que nunca habíamos enfrentado. Es un desafío a nuestra voluntad y valentía,

a nuestro sentido de responsabilidad. Se nos somete a prueba para que mostremos si entendemos lo que requiere de nosotros un mundo lleno de complejidad y ambigüedades. No se ofrece a todas las generaciones la oportunidad de dar forma a un nuevo orden internacional. Si se desperdicia la oportunidad viviremos en un mundo de creciente caos y peligros. Si se realiza iniciaremos una era de mayor paz, progreso y justicia.

Tenemos aquí en Washington una pesada responsabilidad. El Congreso y el Ejecutivo tienen la deuda con el pueblo estadounidense de terminar con las divisiones de la década pasada. Los puntos de división ya no nos pertenecen. Las grandes tareas frente a nosotros no son cuestiones partidistas o ideológicas; son las grandes tareas de los Estados Unidos en un nuevo siglo, en un nuevo mundo que, más que nunca se atraviesa ante nuestras vidas y reclama nuestro liderazgo. Aún más que nuestros recursos, la vitalidad creadora de esta nación ha sido una tremenda fuerza para el bien, y lo seguirá siendo.

Podemos lograr grandes cosas, pero podemos hacerlo únicamente como un pueblo unido. Más allá de las preocupaciones e intereses especiales se halla el interés nacional. El Congreso y el Ejecutivo, los republicanos y los demócratas, tienen una participación común en la efectividad y en el éxito de la política exterior de los Estados Unidos. La mayoría de las iniciativas importantes que este gobierno ha tomado sobre cuestiones fundamentales —con nuestros aliados, con la República Popular de China, con la Unión Soviética, con las naciones en desarrollo y en el Cercano Oriente— han tenido un amplio y profundo apoyo en el Congreso y en el país.

Por lo tanto, al igual que tenemos la capacidad para construir una estructura internacional más duradera, también la tenemos para reconstruir el consenso entre las ramas Ejecutivas y Legislativa y entre nuestro pueblo, lo que dará un nuevo impulso a nuestra dirección responsable en el mundo de nuestro tercer siglo. Este es el deseo más profundo del Presidente y el compromiso más profundo de toda su administración.

Señor Presidente, Miembros del Comité, espero que esta discusión de lo que consideramos como las cuestiones del futuro sea de utilidad en la elaboración de ese consenso. Los puntos son complejos y el grado en que la comprensión pública requiere que se trate de ellos es mayor que en cualquier otro momento de nuestra experiencia histórica. E incluso si logramos un consenso sobre objetivos y prioridades, nuestro recursos y opciones son limitados y no podemos confiar siempre en prevalecer, o en tener la razón.

Estas audiencias son un paso prudente y bien recibido en cuanto a fomentar la comprensión y el consenso que se requiere. Nuestra virtud es la de ser un pueblo que resuelve problemas y que encauza las capacidades de grupos de gente, ampliamente diversos, hacia empresas comunes a gran escala. Esto es precisamente lo que se nos pide, tanto en la construcción de una nueva estructura internacional como en el desarrollo del apoyo público necesario para sostener a largo plazo nuestra participación en ella.

En un último análisis tenemos que unirnos debido a que el mundo nos necesita, debido a que los horizontes que nos atraerán en las próximas décadas están tan cerca, o tan lejos, como tengamos la valentía de contemplarlos.

EN EL ANIVERSARIO DE LA TENTATIVA FASCISTA DEL GOBIERNO MILITAR EN JUTICALPA Y EN LEPAGUARE, DEPARTAMENTO DE OLANCHO

LOS CAIDOS HACE UN AÑO EN OLANCHO

† ALEJANDRO FIGUEROA
† FAUSTO CRUZ
† LINCOLN COLEMAN
† ROQUE RAMON ANDRADE
† OSCAR OVIDIO ORTIZ
† JUAN BENITO MONTOYA
† MAXIMO AGUILERA
† FRANCISCO COLINDRES
† BERNARDO RIVERA
† ARNULFO GOMEZ MARTINEZ
† Reverendo CASIMIRO ZYPHERR
† Reverendo IVAN BETANCOURTH
† RUTH GARCIA MAYORQUIN
† MARIA ELENA BOLIVAR V.

La IGLESIA CATOLICA del Occidente del país dijo lo siguiente:

CASTIGO PARA ASESINOS DE MASACRE DE "LOS HORCONES"

En nuestra mesa de Redacción hemos recibido la siguiente declaración de la Iglesia de Occidente:

El 25 de junio se cumple un año del crimen de "Los Horcones"; hecho vergonzoso que enlutó varios hogares hondureños y extranjeros y llenó de ignominia nuestro país.

1.—Nos solidarizamos con nuestros hermanos, masacrados por un gran ideal; hacer un mundo más humano y más cristiano.

Las diferentes ideas políticas de los asesinados, derechos de todo ser humano, no son obstáculo para hacernos solidarios, como seguidores de Cristo, de su causa de justicia.

2.—Ante la tergiversación y explotación que se ha hecho de aquel vergonzoso crimen, creemos un deber iluminar al Pueblo de Dios.

a) Hacemos constar que si los autores intelectuales de los crímenes de Olancho, con la sangre derramada, las vidas segadas, personas vejadas, bienes robados, pretendían amedrentar a la Iglesia en su misión evangélica, se han equivocado. Más aún lo sucedido en Olancho es un nuevo acicate para seguir la obra de cristianización y, como constitutiva esencial de ésta, la de promover integralmente al hombre y a todos los hombres ("Populorum Progressio" y Sínodos de los Obispos). Y en la Iglesia, siempre, habrá miembros dispuestos a dar su vida por los hermanos y por las causas justas que ellos defienden.

b) Después de un año del asesinato de 14 personas, de la expulsión injustificada de sacerdotes y religiosas de aquel departamento, registro y saqueo del Obispado y casas curales, saqueo y ocupación hasta hoy del instituto "18 de Febrero" de Juticalpa, sin que el gobierno, con todos los medios con que cuenta, haya aclarado y señalado quién o quiénes son los responsables de estos hechos, realizados de acuerdo con un plan bien concebido y coordinado, nos demuestra que en nuestra patria se han violado y se siguen violando los más elementales derechos humanos.

c) En la carta que la jerarquía eclesiástica y todos los movimientos apostólicos de la Iglesia dirigieron al Jefe del Estado y al Consejo Superior de las Fuerzas Armadas, el 10 de julio del año pasado, (carta que hasta hoy no ha tenido contestación) se exigía al Gobierno: enjuiciamiento y castigo de los responsables de los hechos del Instituto "18 de Febrero"; que los resultados de las investigaciones fueran dados a conocer a la opinión pública; que el Gobierno presentará pruebas de supuestas implicaciones de sacerdotes, religiosas y laicos en movimientos subversivos, como afirmó en Boletines oficiales. Estas pruebas, hasta la fecha, no han sido presentadas.

Las pretendidas acusaciones, hechas últimamente contra la Iglesia o miembros del clero (como la afirmación de que el movimiento para la toma del poder encontraría "alimentos en la Iglesia Católica"), las consideramos ingenuas y, por lo tardías, tendenciosas.

d) Según el comunicado oficial del 23 de julio pasado, el Gobierno disponía de documentos en que se comprobaba la participación de cierto sector de la FENAGH en los acontecimientos de Olancho, en contubernio con miembros del ejército. Nos preguntamos ¿por qué no se han hecho públicos esos documentos? y ¿por qué no se ha procedido contra los culpables según los mismos documentos?. Y nos preguntamos también ¿por qué no se han defendido los acusados en dichos comunicados, si las acusaciones son falsas.

Somos conscientes de que, dada la corrupción administrativa vigente, estas exigencias nuestras caerán en el vacío, por los intereses creados existentes.

De todos modos, no queremos que nuestro silencio ante la injusticia, nos envuelva también entre los que Medellín señala como cómplices de la injusticia: "Son también responsables de la injusticia todos aquellos que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, si permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz" (Medell, Paz 18).

Pedimos a los organismos afectados que sepan aunar esfuerzos en orden a hacer justicia a los asesinados y al pueblo.

Nosotros por nuestra parte, estamos comprometidos a dar los pasos necesarios para tal fin.

3.—Invitamos a todos los católicos y a todos los hombres de buena voluntad, a que eleven su oración al Señor, por los muertos. Y sobre todo a que sigan, impulsados por el espíritu de Cristo, trabajando con toda ilusión y entrega, por hacer de nuestra Honduras un país donde se respeten los derechos de la persona humana y se luche por vivir una vida más justa, más humana y más cristiana.

—José Carranza Ch., Obispo de Santa Rosa de Copán. — Iván J. Ayala, Pbro. Presidente del Presbiteral. — Fausto Milla, Pbro., Secretario del Consejo Presbiteral.

(El Cronista, 24 de Junio de 1976).

Página 26—Revista ARIEL—Julio de 1976.

Dijo el diario EL CRONISTA: en el aniversario de la matanza

ANTE EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MASACRE DE OLANCHO

Por Gerardo Alfredo Medrano

La situación política, social y económica de nuestro país, se vio de repente empeorada con los sangrientos sucesos de Olancho, en donde catorce personas fueron brutalmente asesinadas, con la frialdad del verdugo.

Hace un año hoy, la opinión pública era conmovida hasta sus cimientos, al conocer los primeros detalles del múltiple asesinato, en el que están implicados civiles y militares.

La Comisión Militar de alto nivel dio muestras de ser lo suficientemente efectiva y dinámica como para establecer la verdad de los hechos y señalar con índice acusador a todos los responsables de la masacre.

Solamente la verdad y el valor que se necesita para decirla pueden ayudarnos a limpiar un poco la deteriorada imagen de la Patria ante los ojos del mundo. Mientras a los autores de ese crimen masivo no se les castigue, seguiremos siendo exhibidos como lo peor, como un país en el cual con la misma tranquilidad que se permite que los funcionarios públicos acepten sobornos millonarios, se fusilan sacerdotes y se asesina a indefensas mujeres y campesinos.

Para mejorar un tanto la imagen de este país ante el mundo, se necesita, sobre todo y ante todo, decir la verdad, decir al mundo que en este país somos capaces de descubrir la verdad, por muy horrible y espeluznante que ésta sea, y que somos capaces también de castigar a los culpables y sentar un precedente positivo para el bien de Honduras.

Los detalles de aquella masacre, ya son del conocimiento público y de ellos sólo diremos que parece mentira que en un país como el nuestro se pudiera cometer una barbarie de esa naturaleza. Eso evidenció hasta dónde ha llegado el odio de clases la ignominia y el resentimiento, si es posible que tales cosas sucedan, si es posible que dos sacerdotes hayan sido asesinados, que dos indefensas señoritas fueran masacradas y que hombres pobres del campo se les haya pasado por las armas y posteriormente sepultados bajo montañas de tierra y piedras, en el fondo de un pozo, con la ayuda de cargas explosivas que estremecieron la noche apacible del campo.

Esa clase de actos, tienden a agudizar los conflictos sociales.

Los crímenes pueden demorar un poco la lucha por la tierra, el caso concreto del agro. Seguida.

mente podrán amedrentar a muchos y convencer a otros para que abandonen la lucha. Pero la verdad es que la lucha no se detendrá, los conflictos sociales no desaparecerán. Al contrario, la historia enseña que la represión sólo conduce a una situación en la que la resistencia y la beligerancia de las partes reprimidas tiende a aumentar. La violencia oficial engendra la violencia de la oposición. El asesinato de los sacerdotes y sus acompañantes en Olancho no impedirá que la lucha por la tierra continúe su marcha invariable.

En ningún lugar del mundo la violencia y la represión detienen a los hambrientos.

Esto deben entenderlo bien todos aquellos que son partidarios de la mano dura para con los movimientos campesinos. La única forma de evitar el desarrollo y la explosión de las rebeliones campesinas es haciendo reformas sociales, distribuyendo la tierra sobre nuevas bases de justicia e igualdad, haciendo la reforma agraria y entregando la tierra a quienes la trabajan.

Insistir en otro camino es insistir en el error. Momentáneamente puede ser que la represión rinda los frutos esperados por quienes la aplican, pero a la larga, a largo plazo, la represión sólo puede conducir a la catástrofe.

Los acontecimientos de Olancho deben obligarnos a pensar detenidamente sobre todos estos problemas.

Ante aquella tragedia inmensa, EL CRONISTA y sus redactores presentan a los deudos de los sacerdotes, de las señoritas y de los campesinos muertos, su más sentida condolencia. Que sobre la tumba de los caídos en Olancho, crezca como una flor bendita la justicia que los tribunales tienen que aplicar a los culpables y que mañana nadie se atreva a repetir semejante crimen.

(El Cronista, 25 de Junio de 1976).

El diario TIEMPO dijo lo siguiente:

EL CRIMEN DE LOS HORCONES

Se cumple un año de haberse cometido uno de los crímenes más horrendos de la historia del país, el consumado en Los Horcones, valle de Lepaguare, departamento de Olancho.

Lo que allí ocurrió en junio del año 1975 está grabado en la memoria de todos. El número de las víctimas todavía no muy bien definido; el exceso de crueldad y la intención de no dejar huellas; el contenido del informe de una comisión militar,

señalando a los responsables; el largo silencio oficial que procedió a la investigación; la repercusión internacional y la indignación de la mayoría de los hondureños.

Ha pasado un año y los tribunales aún no han dictado sentencia ni hay señales de alcanzar esta fase final.

¿Cómo fue posible tamaña violación de los derechos humanos?

Se produjo en esos días una tensión con motivo de la marcha campesina de la UNC, cuyo punto final era la ciudad capital, para lanzar desde la sede del gobierno el reclamo por la tierra.

Esa tensión se elevó tanto, por la forma del dispositivo campesino y por el grado de sensibilidad de las fuerzas políticas y sociales que se oponen a las reivindicaciones campesinas.

Pero había algo más que esto, la alianza entre funcionarios militares de la localidad y empresarios de la ganadería y la agricultura, así como agentes del DIN y hasta funcionarios del ramo de Educación Pública. Es natural que esa alianza no se produjo en la víspera del crimen sino a través de enfrentamientos parciales durante los meses anteriores.

La tensión creada para desorganizar la marcha campesina empujó los ánimos de los responsables de mantener el orden hasta el nivel de la ceguera y la locura.

El motivo fue la lucha por la tierra, los campesinos por "recuperarla" y la parte contraria por conservarla en las manos de quienes poseen los títulos de propiedad, aunque no la cultiven en la extensión que la ley manda.

Se conoce la causa del enfrentamiento, la dimensión del crimen y el exceso de inhumanidad, pero no se conoce la causa que pudo nublar tanto la conciencia de los hombres que lo consumaron con la crueldad que dañó la imagen y el prestigio de Honduras en el exterior e indignó a los hondureños.

La muerte de los detenidos, sacerdotes, estudiantes, y los demás humanos inmolados en el valle de Lepaguare, era excesiva y el enterramiento en un pozo de malacate, más las descargas de dinamita rompieron todos los excesos conocidos.

Y con ello plantearon a la justicia, al poder judicial mejor dicho, uno de los mayores problemas jurídicos, el de juzgar rectamente la responsabilidad de cada uno de los implicados en la consumación de un crimen que desbordó todos los límites y todas las previsiones posibles.

Página 27—Revista ARIEL—Julio de 1976.

La naturaleza del crimen incluye todo lo que nos divide a los hondureños: la política por cuanto la base de la tensión está en la injusticia social, en la desigualdad en el acceso a recursos como la tierra, y en la negativa de los que controlan el poder económico a facilitar una solución. Está la influencia corruptora en la administración de justicia, los subterfugios abogadiles y la complacencia de los funcionarios de los centros penales, así como la mentalidad de grupo de quienes ejercen el poder.

A un año de distancia de aquel espeluznante suceso, las condiciones son las mismas. No se ha resuelto el problema de la tierra, la actitud de los jueces no se ha modificado y mucho menos la posición de los grandes propietarios de la tierra. Y lo mismo habrá que decir en cuanto a los campesinos respecto a sus medios y procedimientos de lucha, pues ya se habla de una presunta "revolución campesina".

Pero lo más grave es que hay varios síntomas de que ese acto genocida quede impune, en buen número de los detenidos, en perjuicio de la justicia y del prestigio de la nación.

Manifestación de los Universitarios piden castigo para los criminales de Los Horcones:

MANIFESTANTES EXIGEN JUSTICIA PARA CULPABLES DE "LOS HORCONES"

Bajo una pertinaz lluvia, centenares de personas recorrieron la tarde de ayer las principales calles de Tegucigalpa para conmemorar el Primer Aniversario de "Los Horcones".

La manifestación salió del Parque El Obelisco a las 4:00 p. m., una hora y medio después llegaba frente a Casa Presidencial donde se efectuó un

mitin cuyo propósito fue exigir el castigo para los culpables.

Los manifestantes portaban cartelones y pancartas en los que conminaban al gobierno a que se aplique todo el rigor de la ley a los implicados en la masacre que costó la vida a más de 15 personas el 25 de junio del año anterior.

La manifestación fue organizada por la Federación de Estudiantes Universitarios de Honduras, el Frente de Reforma Universitaria, la Democracia Cristiana Universitaria y la Democracia Cristiana de Honduras, capítulo de Tegucigalpa.

Durante el mitin los distintos oradores plantearon al gobierno que rectora el general Melgar Castro la necesidad impostergable de reestructurar el obsoleto sistema judicial.

German Espinal señaló que no es posible que habiéndose encontrado los cadáveres de las personas asesinadas en la hacienda "Los Horcones" se pretendiera hacer creer al pueblo que no podían encontrarse a sus asesinos.

Indicó que los sectores derechistas habían lanzado una campaña tendiente a "hacer aparecer a los asesinos como blancas ninfas para lo cual se había pagado a varios periodistas de una emisora capitalina".

La madre de Ruth García, ultimada en Los Horcones, leyó una carta en la cual pidió al general Melgar el castigo para quienes asesinaron a su hija.

La señora Carmen Mayorquín, dijo en su carta: "Usted, general, no va a permitir que esto quede impune".

Por su parte, Juan Ramón Dermic, representante de la DC señaló: "El castigo a los asesinos es una letanía que debería repetir a cada minuto el pueblo hondureño".

Dermic fustigó al actual sistema jurídico que hasta la fecha según él, sólo sirve para favorecer a la clase privilegiada. "No hay pruebas, no hay pruebas... Excusa infernal", dijo.

Apuntó que la Democracia Cristiana espera propinar el golpe de gracia del sistema capitalista en nuestro país.

En horas de la mañana, para recordar la memoria de los mártires, la Unión Nacional de Campesinos, la Central General de Trabajadores y la DC ofrecieron una misa en la sede de la cooperativa de consumo.

También se presentó, a las 11:00 a. m. una obra teatral alusiva a los hechos acaecidos el 25 de junio de 1975.

ACADEMIA ALPHA

Dedicada exclusivamente a la preparación de Secretarias.

Estudios de Secretariado Comercial, Ejecutivo y Taquimecanógrafos.

Oficina principal: Comayagüela, Calle Real
Casa Nº 814 - TEL. 22-09-22

EFEMERIDES LITERARIAS

JOSE SANTOS CHOCANO: EL CANTOR DE AMERICA

"En mi arte caben todas las escuelas como en un rayo de luz todos los colores... y: o encuentro camino o me lo abro".

Escribe: BRAULIO CRUZ AMADOR.

El centenario del nacimiento de José Santos Chocano coincide con el natalicio de otros tantos poetas de habla española. Allá en la Península, el sevillano Antonio Machado; en el Uruguay, Julio Herrera Reissig, y, en Honduras, celebramos dos acontecimientos, también centenarios: de Juan Ramón Molina, y de don Luis Landa Escobar (cumplió sus 100 años el 28 de noviembre de 1975).

No estoy informado de cómo han celebrado en Lima, Perú, el primer centenario del nacimiento de uno de los poetas más discutidos de América, y, tal vez, aquel país del Sur, por estar embebido del todo en sus problemas de reforma agraria, no se si esos sucesos político-sociales habrán opacado la figura más autóctona de las letras patrias. El Perú tiene en su favor una pléyade de hombres continentales, en todas sus épocas ha dado al mundo cultural hombres de tipo excepcional, podemos comenzar por un Juan Pablo Olavide, hombre político, militar y gran literato, que ocupó cargos importantes durante el gobierno colonial; Perú ha dado al continente Americano, a un Garcilaso de la Vega, "Garcilaso el Inca", famoso en la literatura universal por sus comentarios reales; a un Ricardo Palma, conocido como el mejor narrador en sus "Tradiciones Peruanas", un José María Eguren, los revolucionarios: Manuel González Prada y César Vallejo (este murió en París, 1938); Ciro Alegría, el autor de "El Mundo es Ancho y Ajeno" y "Perros Hambrientos", y, modernamente, el Dr. Luis Alberto Sánchez, uno de los ensayistas y críticos contemporáneos de más reconocida reputación, sus obras didácticas; gracias a Luis Alberto Sánchez tenemos la oportunidad de conocer los valores nuestros, su tratado de "Hombres Representativos de América", editado por M. Aguilari, en Madrid, es una verdadera joya literaria, "El Proceso y Contenido de la Novela Hispanoamericana", etc., y, no quiero dejar en silencio otra figura peruana, por cierto desconocida por acá, me refiero al académico y lírico comediógrafo, Felipe Sassone, fino lírico, su prosa toda es pura poesía, sus memorias, "La Rueda de

mi Fortuna", y "Estos mis Papelitos, Madre", etc., y no podrá faltar la nominación del escritor actual de las letras peruanas, conocido continentalmente Mario Vargas Llosa, que está a la altura de los argentinos Eduardo Mallea, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, y de los mejicanos: Juan Rulfo, Carlos Fuentes, y del colombiano Gabriel García Márquez (obra muy discutida).

Mario Vargas Llosa, nació en Arequipa, en 1936, es autor de: La ciudad y los Perros, Conversación en la Catedral, Flor de Fango, Los Perros, y su última producción ha sido llevada a las pantallas cinematográficas, "Pantaleón y las Visitadoras", varias de las escenas se realizaron en Santo Domingo, y la dramatización de la Obra fue dirigida por el mismo Vargas Llosa (1975).

Hecho este preámbulo que he considerado necesario, propóngome reseñar a grandes rasgos la vida de este vate americano. No sé porqué, José Enrique Rodó no incluyó a Chocano en su tratado de "Hombres de América", pues Chocano se merece, con mejores honores, ser "El Hombre de América"; Rodó compuso su tratado de "Hombres de América", con los nombres de: Juan Montalvo, Bolívar y Rubén Darío, obra que hubiera quedado más completa contando con la ponderación de José Santos Chocano, pues él más que nadie, ganó este título honorífico desde el "Cantos de América", y él mismo así se hizo llamar.

Nace este poeta en Lima, Perú, el 14 de mayo de 1875, y muere trágicamente en Santiago de Chile, el 13 de diciembre de 1934. Dice Luis Alberto Sánchez: "que aspiró ser ecuménico, a ser jefe de escuelas sin abrazar ninguna definitiva..." pensaba que sí como un abanderado del destino. Vida andariega y turbulenta, dice que nació en guerra y así vivió casi toda su vida, preso varias veces por revolucionario, también tuvo problemas por delitos comunes. Espíritu castrense, colaboró con Carranza y Madero, consejero de Pancho Vi-

lla, como lo fue también de Estrada Cabrera en Guatemala, donde también desempeñó cargo diplomático, después de su magistral obra monumental... "Alma América", y "Los Cantos del Pacífico", recorrió todo el continente americano recibiendo trofeos y homenajes, posiblemente nadie ha cantado los motivos netamente autóctonos con tan acendrado espíritu telúrico como Chocano. Todas las cosas de América, su fauna típica, la exuberante vegetación, sus bosques caprichosos, las selvas virginales, he aquí los títulos de sus poemas: El Maíz, Los Ríos, El Sueño del Caimán, Ciudad Dormida, La Iguana... Aquí hace una descripción realista y original de este reptil indígena. Tanto su vida privada como hombres del mundo de letras, tuvo muchos enredos: "Se casó por tres veces, sin legalizar ningún divorcio".

Aparte de ser uno de los poetas sobresalientes del modernismo, tiene la singularidad de ser digamos el único poeta que ha tratado con ardor y fé, a la vez que con sinceridad las cosas de América, y... digámoslo de una vez, a José Santos Chocano no se le ha hecho justicia, este celeberrimo vate peruano merece que se le haga un homenaje a "Nivel de América". Para resaltar su personalidad actualizar su obra, Chocano anda en el olvido; en América parece que no hay más que Darío, ojalá que se piense en honrar su memoria y auspiciar un certamen internacional para premiar la mejor interpretación de sus obras, y también, se hace necesario la creación de un concurso anual denominado "Premio José Santos Chocano".

Luis A. Sánchez, nos dice: "Que en aquel entonces se suscitaban dos ideologías: los que anunciaban... que Darío era el poeta de América, y los que creían que quien merecía tal título era el peruano..." y que no faltó quien sostuviera ideas divergentes, que ni uno ni el otro, podía ostentar tal designación, aseveraban unos: "La América de Chocano, pura Cáscara" y la de Darío, "Puro París". De todas maneras, no cabe duda que nadie ha cantado con tanto fervor al nuevo continente como lo hizo Chocano. Exaltó no solo las cosas, sino que también sus héroes: a Cuacthemoc, Caupolicán. Ya en las postrimerías del 74, y el trece de diciembre que se llegó al primer centenario del nacimiento de José Santos Chocano, dedico estos cortos renglones al cantor de América y dedicado al grande y buen amigo, hermano pueblo del Perú, y a su culto embajador. Su gran poema... "Los Caballos de los Conquistadores", constituye toda una epopeya...

**"Y aquel otro de ancho tórax,
que la testa pone en alto, cual queriendo ser
más grande,**

**en que Hernán Cortés un día,
caballero sobre estribos rutilantes,
desde Méjico hasta Honduras...**

A continuación, leemos su "Tríptico Heroico".

—I—

CAUPOLICAN

**"Ya todos los caciques probaron el madero,
"¿Quién falta?", y la respuesta fue un
[arrogante: ¡"Yo"!]
"Yo"! dijo, y en la forma de una visión de Homero,
del fondo de los bosques Caupolicán surgió.**

**Echóse el tronco encima, con ademán ligero,
y estremecerse pudo, pero doblarse, no.**

**Bajo sus pies tres días crugir hizo el sendero
y estuvo andando... andando... y andando se
[durmió.
Por eso, al tercer día de andar por valle y sierra,
el tronco alzó en los aires y lo clavó en la tierra,
como si el tronco fuese su mismo pedestal!**

CUACTHEMOC

**"Solamente triste fue Cuacthemoc. Un día
un grupo de hombres blancos se abalanzó hasta él;
y mientras que el imperio de tal se sorprendía,
el arcabuz llenaba de huecos el broquel.**

**Preso quedó, y el indio, que nunca sonreía,
una sonrisa tuvo que se deshizo en hiel.**

**—¿En dónde está el tesoro? —clamó la vocería,
y respondió un silencio más grande que el tropel...**

**Llegó el tormento... Y alguien de la imperial
[nobleza
quejóse. El héroe díjole, irguiendo la cabeza:
—Mi lecho no es de rosas! —y se volvió a callar.**

**En tanto, al recostarle los pies, chirriaba el fuego,
que se agitaba a modo de balbuciente ruego,
porque se hacía lenguas, como queriendo hablar!**

Teguicigalpa, Diciembre de 1975.

**Por una Honduras mejor...
Con la ayuda de los Hondureños.**

Día a día, mes a mes, año con año
Honduras creciendo
y nosotros también,
con la ayuda de
nuestros trabajadores y empleados.

LA STANDARD FRUIT COMPANY

**LA SEGURIDAD DE SU HOGAR ESTARA GARANTIZADA
SI SUS AHORROS SON INVERTIDOS EN**

BONOS DEL ESTADO

- * Rinden más del 7% Anual de Intereses.
- * Convertibles en efectivo en el Banco Central de Honduras en el momento que usted lo desee por el valor nominal más los intereses devengados.
- * El capital e interes está exento de toda clase de impuestos, inclusive de herencias, legados y donaciones y del Impuesto Sobre la Renta.

COMPRELOS EN EL

BANCO CENTRAL DE HONDURAS

Tegucigalpa.

San Pedro Sula

La Ceiba

"EL PERFECTO CABALLERO"

SASTRERIA DE

JOAQUIN GONZALEZ

LE OFRECE A USTED LA MODA DEL AÑO

Frente al Chico Club

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

FARMACIA

"CRUZ ROJA"

Dr. ROBERTO GOMEZ ROBELO

Avenida Lempira Nº 735

Tegucigalpa, D. C.

HORACIO MOYA POSAS

ABOGADO Y NOTARIO

ASUNTOS:

Civiles y Administrativos.
Cartulación.

Edificio Barjum

4º Piso, Nº 301

Tel. 2-3091

"ESTUDIO DE ABOGADOS"

Media cuadra Oeste Cine
Hispano.

Francisco Javier Alegría

Asuntos: Civiles, Criminales,
Laborales, Agrarios y
Mercantiles.

NOTARIA ADJUNTA.

San Pedro Sula,
Honduras, C. A.

LUIS MARTINEZ FIGUEROA

INGENIERO CIVIL

DIRECCION:

Barrio "La Cabaña" Nº 804

TELEFONO: 22-45-48.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

BOOTH

Mariscos Congelados

Listos en Cinco Minutos

Otro Producto
Distribuido por

Agencias Kafie

TELEFONOS:

22 - 37 - 07

Y

22 - 21 - 61

Lotería Nacional

Informa que ahora, usted gana más participando de sus sorteos mensuales porque...

El premio mayor es de Ciento Cincuenta mil lempiras.

El segundo premio es de Veinticinco mil.

El tercer premio es de Quince mil.

Además, un cuarto premio de Cinco mil lempiras y un Quinto de dos mil lempiras, sin contar con los otros numerosos premios menores que ofrece la LOTERIA NACIONAL.

El valor del billete es de veinte lempiras y un lempira el vigésimo.

JUEGUE LOTERIA NACIONAL Y GANE, GANE AYUDANDO AL BINOMIO MADRE-NIÑO.



Qué formidable...! La bicicleta que tanto deseaba...! Ahora sí podrá acompañar a sus amigos en sus paseos y competir con ellos en las carreras de cintas...! Cuánta felicidad para él...! Y todo se lo debe a usted.

Con el paso de los años, él tendrá otras necesidades que exigirán mayores recursos económicos para cubrirlos...

Y si para entonces, usted ya no está... quién va a proporcionar esos recursos...? EL SEGURO DE VIDA...!

Sólo un Seguro de Vida puede prolongar la protección que hoy tienen a su lado, aún cuando usted se haya ido.

Consulte a un Agente Profesional de la Aseguradora Hondureña y suscriba el plan que permitirá a sus hijos decir siempre...

GRACIAS PAPA!

 **aseguradora
hondureña, s.a.**
tiene el seguro adecuado para usted.